

BUEN HUMOR



Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

- Según tengo entendido, señorita, creo que somos parientes.
- Ya lo decía yo. Desde hace una hora que estamos aquí solós no hago más que pensar: ¡Vaya un primo!

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

200 PESETAS

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio *único*, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base *d* establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— Tú, que eres buen pierdetiempista, a ver si me resuelves esta charada.

— ¡Venga de ahí!

— Mi primera es fu; mi segunda, sil, y el todo, arma de fuego.

— Ya está: ¡carabinal!...

E. NOÑIR. — Madrid.

Buena réplica.

Un espadachín andaba persiguiendo a un hombre pacífico para que se batiera con él.

Un día se encontraron en un puente, y el espadachín, dando un bofetón a su contrincante, le dijo:

— Ahora no tiene usted más remedio que batirse conmigo. Esta ofensa no puede lavarse sino con sangre.

— Está usted equivocado, amigo — con-

testó el ofendido muy tranquilo —. Esta ofensa se lava muy bien con agua.

Y cogiendo al valiente espadachín, le tiró al río.

PANTA. — Madrid.

— ¿En qué me parezco yo, si tú me insultas, al telégrafo?

— ¡...!

— En que el telégrafo tiene postes, y yo, pos-te-pego.

VICENTE MIRÓ.

— ¿Cuáles son los curas que dicen la misa más a disgusto?

— Los del Ejército, porque la dicen a la fuerza.

C. PORRO. — Melilla.

Juanito, que es más pobre que las ratas, se ha casado con Sofía, dueña de un gran capital. ¿En qué se parece Juanito a Bulgaria?

— Pues en que su capital es Sofía.

GRAÑA. — Gijón.

— ¿Qué mes es el más conservador?

— El de mayo, porque maúra la fruta.

CHACHARRAMENDI. — Cádiz.

— Estoy haciendo del Quijote una comedia, y no sé a qué compañía dársela para que me la estrene.

— Hombre, tratándose del Quijote, yo opino que la más a propósito la de la Alba sería...

PEPEPÉ. — Barcelona.

El premio del número anterior ha correspondido a **F. M. M., de Zaragoza.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de noviembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo enero.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 15 de diciembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de noviembre, insertos en

esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 24 de diciembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

1. — Primer plato.

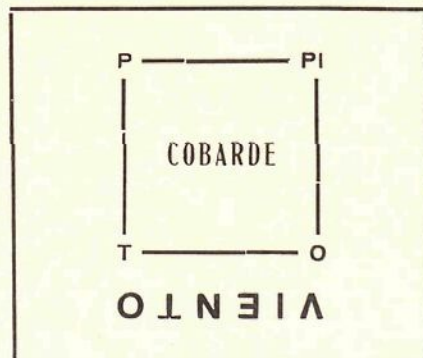
QUINCE
CUADERNILLOS

500

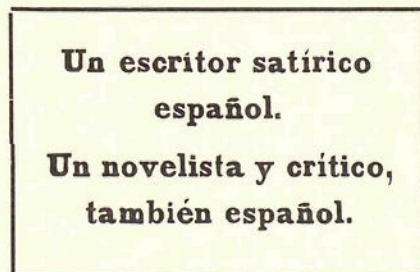
Juan y Pepito reúnen
dos pesetas y las juegan
al cinco.

GUIPOLO
CONO-CERO

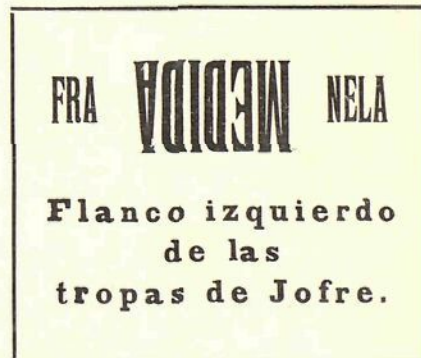
2. — Segundo plato. (Sobra una E.)



3. — Una zarzuela. (Sin ortografía.)



5. — Tercer plato. (No sobra nada.)



4. — Refrán.

ADVERBIO
DOCUMENTO
ARTÍCULO
DOSIS
PRONOMBRE
NUMERAL CARDINAL
BEBIDA
VERBO

CUPÓN
correspondiente al número 49
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

CUPÓN NÚM. 1

que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de noviembre.



SONRÍASE

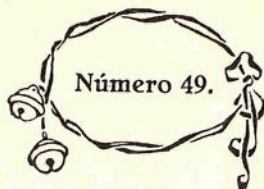
después de haber usado

PASTA DENS

que blanquea los dientes

TUBO 1.50

y perfuma la boca.



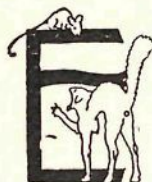
BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 5 de noviembre de 1922.



¡O TERROR DAS COCINERAS!



ESTAQUIO Verruga era un muchacho ligeramente filólogo. Como a buen hijo de su siglo, le gustaban todos los sistemas; en todos tenía sus ídolos: en idealismo, Platón; en positivismo, Comte; en dogmatismo, Balmes; en criticismo, Kant; en escolasticismo, Santo Tomás; en panteísmo, Fichte; en materialismo, Buchner; en espiritua- lismo, Bergson, y en sensualismo..., las cocineras.

Estas, principalmente, le agradaban a Verruga de un modo particular. Todas las doradas páginas de su vida estaban llenas de figuras cocineras: una cocinera había sido su primera pasión volcánica; con una cocinera había estado a punto de casarse cuatro veces; a una cocinera le había dedicado un folleto sobre el ascetismo en la Tebaida; una cocinera le había robado en cierta ocasión un Longines..., etc.

¡Cómo sería su afición a la diosa del soplillo, que todos los martes, jueves y sábados, por la noche, y los lunes, miércoles y viernes, al atardecer, el amigo Verruga se dedicaba ardientemente a la busca y captura de cocineras... más o menos perdidas!

Los domingos, no; los domingos se abstenía, para consagrarse al grato y reparador descanso y a la lectura detallada de *Blanco y Negro*.



Un día Niceto Cántaro le dijo a Verruga:

— Chico, he descubierto la existencia de una cocinera de marca registrada, una belleza original.

— ¿E inédita? — interrogó Eustaquio.

— Creo que sí. Lo malo es que parece plaza fuerte. Le he dirigido siete miradas trastornadoras y ocho suspiros entrecortados, le he dedicado docena y media de sonrisas de mi exclusiva, y le he mostrado un billete de cincuenta legítimo. Pues nada, no se re-

blandece. Por lo visto, ésa exige un especialista en la materia.

— ¿Dónde habita?

— Sombrerete, 5, tercero.

Nuestro héroe giró sobre sus talones.



Poco después, la calle del Sombrerete tenía un adorno más: la presencia, con carácter de permanente, del conquistador Verruga. Se había plantificado éste frente al 5, en actitud hierática y mutismo de esfinge.

Al cabo de una hora salió de la casa bloqueada una hembra hermosísima. Dirigióse hacia ella la trompa de Eustaquio, y, por el olor a cebolla que despedía la moza, pudo comprobar que era, en efecto, cocinera. ¡Sus y a ella, pues! En corto y por derecho.

Como Verruga conocía tan bien la especie humana, y además la especie de las cocineras, huelga decir que tuvo un gran éxito.

Lucinda, que así llamábase la *favorecida*, le entregó en pocos días su corazón apasionado, y en otros pocos, nueve reales para que fumara *de lo fino*.

Una tarde canicular, Eustaquio, aprovechándose de que habían salido los señores de la casa en que servía Lucinda, penetró de lleno en ella — en la casa —, y con esa presteza que Cupido infunde en sus secuaces, cayó de rodillas a los pies de Lucinda.

Otra tarde, lluviosa por cierto, volvió a colarse Eustaquio en la casa, dispuesto a nuevos solaces amoratorios; pero esta vez, sintiéndose algo debilitado de estómago, cambió el itinerario y se metió en la cocina en pos de algún guiso suculento. Allí comenzó nuestro amigo a engullir unas riquísimas croquetas de escabeche. Por la vigésima tercera iba cuando sonó el timbre. Rápidamente la cocinera se puso en pie.

— ¡Don Crispulo! — exclamó estremeciéndose.

— ¿Quién es ese don? — preguntó Verruga un tanto asombrado.

— ¡El señor de la casa!... ¡Santo Dios!... ¿Qué va a ser de nosotros?

— Yo..., siempre que no me prohíba comer estas croquetas...

— ¡A ver, pronto! ¡Métete aquí! — ordenó Lucinda, abriendo la puerta de una alacena.

Recorrió Eustaquio el interior de ésta con un solo vistazo, y al divisar tantos jamones, chorizos y otras subsistencias, no se hizo rogar; así que, echándole a su adorada una mirada de agradecimiento, y metiéndose en un bolsillo las siete croquetas que aun le quedaban por sacrificar, entró en la alacena más ligero que un actor de cinematógrafo.



Don Crispulo, un catalán de genio avinagrado, mirada re-



Dir. SILENO. — Madrid.

gionalista y bigotes con tendencia al separatismo, llegó aquella tarde mucho más enfadado que de costumbre, por dos motivos: porque Cambó estaba resfriado y porque el portero le acababa de dar un anónimo alarmante.

En cuanto vió a Lucinda, la tomó del brazo nada afectuosamente y la metió en su despacho; sacó un papel arrugadísimo y, mostrándoselo, le dijo con voz que no podía ser más que de Barcelona:

— ¡Este carte vergonoso acaben de darme an la porterie! Escúchele vosté, por si puedi aclararme la cose. — Y leyó gritando: «Tu hije tieni un novio joven, calavere y centraliste. Salve tu honor catalán. — *Un amigo da la infansie.*» — ¿Se ha enterado vosté? ¿Sabe vosté algo? ¡Contesti pronto!

— Yo..., señor... — murmuró Lucinda —, de que la señorita tenga novio, no sé ni tanto así.

— ¡Mentire! ¡Hipocresie! — chilló don Crispulo pateando más que un flamenco —. ¡Vosté tieni que saber algo! ¡Vosté tieni que haber olido algo, como cosinere que es! ¡Pero vosté es une sinvergüense perdié que me está ocultando la verdat!

Oír lo de ocultar y ponerse colorada Lucinda, fué todo uno. Notando esta turbación, don Crispulo se salió de su autonomía; la cólera subió de nivel, los ojos le echaban chiribitas, los labios escapian trenos de un catalanismo auténtico...

De pronto, calmóse, sonrió sarcástico, se atusó el bigote luciférico, y pronunciando un «¡Ya sabré lo que haser!», se fué para la cocina. Habíasele ocurrido (¡tremenda ocurrencia!) sepultar su enojo en el consuelo de algunas pequeñas lonjas de jamón. Tomó un cuchillo y ¡ras!, la alacena quedó abierta.

A pesar de lo admirable de nuestro pincel, no podemos pintar la cara que puso don Crispulo cuando vió a Verruga allí metido, jamoneando tranquila-



FILOSOFÍA Dib. GONZOSCH. — Barcelona.

— ¡Cuánta cosa superflua hay en este mundo!...

mente, ni nos atrevemos a abocetar la que puso Verruga cuando vió a don Crispulo a dos pasos, con el cuchillo en la diestra. Produjose esa pausa que nace de los grandes estupores y precede a los terribles acontecimientos.

Con vozarrón airado, don Crispulo la rompió:

— ¿Quién es vosté, caballero? ¿Qué hase vosté aquí?

A Eustaquio empezaba a hacerle daño la comida.

— Yo..., yo... — balbuceó — soy..., yo soy... el... el novio de... — y señalaba a Lucinda.

No le dejó terminar don Crispulo. Con salto tigresco se abalanzó a él.

— ¿El novio? ¿Vosté es el novio infame que yo busco? ¡Ah, canalle! ¡Vengue a ajustar cuentas, ladrón da mi honre!

Y el pobre Verruga, con toda la digestión ya estropeada, fué llevado violentamente al despacho que conocen de oídas los lectores.

Allí don Crispulo volvió a tomar la palabra:

— ¿Y mi honor? ¿Dóndi ha echado vosté mi honor? ¿Dóndi lo ha puesto?

Verruga se registraba nerviosamente los bolsillos, a ver si encontraba en alguno el honor de aquel hombre para dárselo y que le dejara en paz; pero ni rastro.

— ¡Ah, centraliste, seductor da donselles! ¡Vosté se ha robado el honor da mi case! ¡Vosté me ha puesto a mi hije en la lengüe da la vesindat!

Con mesuradas palabras Eustaquio trató de probar a aquel caballero que él no había puesto a su hija en ninguna parte; pero sí, ¡bueno estaba don Crispulo para atender razones!

Al fin y al cabo, no era cosa de despreciar aquella ocasión que se presentaba de poder colocar a la niña. Bien visto, Eustaquio no estaba mal. Aprentando un poco las clavijas, no dando el brazo a torcer, podría arreglarse el asunto.

Llegada la hija del catalán, fué presentada a Verruga. Hizo la presentación aquél con estas palabras definitivas:

— ¡Aquí tieni vosté a su future! Sepe vosté que este muchache ha perdido su reputasión por vosté, como lo declare este anónimi. Yo, padre, no puedo consentir la vergüense da mi case. Si vosté no me da palabra de casamiento, yo, separatiste, le separo a vosté la cabese del tronqui.

Y un grueso bastón en alto hizo comprender al pobre Eustaquio que la cose iba de veras.

No había, pues, más remedio que hincar el pico.

El mismo día en que Verruga *las contra*jo, tomó a su servicio un negro horripilante, procedente del propio estómago del Africa.

Y le nombró cocinero...

BERNARDINO DE PANTORBA.

EL PIERNÓFILO DEL TRANVÍA, por Juan Pérez Zúñiga.

Don Ramón García de Villalombri, aunque nos parezca que es un infeliz, hace mucho tiempo tiene una afición (que le llena el alma de satisfacción), y es ponerse en sitio donde pueda ver las amables piernas de cualquier mujer que al tranvía suba como las demás, ora por delante, ora por detrás.

Aunque suben mucha que no vuelve a ver, tiene *parroquianas* («icolmo del tener!»)

que a determinado punto siempre van y en el mismo coche con su cuerpo dan; y las horas muertas pasa don Ramón (ya que no dispone de otra ocupación) viendo piernas gordas hasta reventar y otras que parecen cañas de pescar, o las que en su parte baja o inferior son mucho más gordas que en la superior.

Cuando ve una pierna que perfecta es, la contempla el hombre lleno de interés;

se sonríe un poco desde su *sitial*, ¡y hasta se relame como un animal! Se lamenta, al verla, de la rapidez con que sube al *coche*; mas como a la vez otras viajeritas marcan su ascensión y hacen de sus piernas plena exhibición, goza así García viendo a la mitad más encantadora de la Humanidad.

Esto hace el sujeto. Lo que yo no sé (ni aunque viva un siglo me lo explicaré)

es cómo no advierte tan impuro afán el terrible celo del señor Millán, y a un agente manda (con o sin bastón) para que a la Comi lleve a don Ramón, y le den un baño que haga que el pillín más no se relame con punible fin viendo pantorrillas gordas o *delgás*, ora por delante, ora por detrás.

¡Cuánto socio vemos como don Ramón!... ¡Qué de partidarios tiene su afición!...



UNA FOTO CON EXPOSICIÓN

Dib. ANSUÁTEGUI. — Zaragoza.

Ayuntamiento de Madrid



EL SEÑOR. — *Me gusta mucho el paisaje; pero me gusta más la ternera!*
 EL ARTISTA. — *¿Sí?...*
 LA SEÑORA. — *¡No lo dude!... ¡Mi marido se vuelve loco por la ternera... con guisantes!*

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

CHIRIGOTAS

LOS OLVIDOS DEL MAESTRO CAMPANINI

Son famosísimas las distracciones, los olvidos del popularísimo maestro director Campanini. Jamás puede ir a parte alguna solo, porque un día va a perder «hasta el modo de andar». A todo sitio va con su bella esposa, Eva, que es quien se encarga de todo.

En nuestro teatro Real saben centenares de distracciones, olvidos, pérdidas y equivocaciones provocantes a risa, en las que ha intervenido como protagonista Campanini. Una de ellas es la que vamos a contar.

Después de la temporada oficial de nuestro primer coliseo lírico, le salió al

maestro un *bolo* de cuatro funciones en Zaragoza, pagadas espléndidamente. Campanini aceptó, y, ¡oh sorpresa!, Eva, la bella esposa del maestro, cayó enferma, y bien a su pesar no pudo acompañar a su marido. Inútil será relatar las exhortaciones que la enfermita hizo al maestro para que no olvidase nada, para que se acordase de que dejaba a su esposa en Madrid, no en Milán ni en el centro de Africa.

Volvió el maestro a los cinco días, semana más, semana menos, y Eva, la gentil Eva, desfacedora de sus lamentables olvidos y distracciones, ya en franca convalecencia, preguntó a su esposo, tras las caricias de rigor:

— ¿Qué, has perdido algo, se te ha olvidado alguna cosita?

— Esta vez vengo satisfecho — repli-

có graciosamente el maestro —; sólo he perdido una cosilla, una tan sólo...

— ¿Cuál? — interrogó Eva.

— ¡¡El equipaje!!

CHUECA Y PRIM

¡Vaya dos figuras! La falta que nos hacía ahora D. Juan para arreglar el cotarro político. Si resucitara D. Federico y estrenara dos sainetes y una revista, arreglado el pleito teatral. ¡Los éxitos todo lo arreglan! Pero no *divagüemos*; no precisa el autor de *Cádiz* de elogios ni presentaciones; lo mejor será prescindir de circunloquios y entrar en harina.

Chueca compuso un himno dedicado al general Prim, himno que debía ejecutarse cuando el vencedor de la morisma hiciera su entrada triunfal en Madrid. El

maestro contrató a unos murguistas, les enseñó la bélica composición, y el día señalado, muy de mañana, al frente de su *Sociedad de desconciertos*, recorrió medio Madrid para hallar un buen sitio.

No cuentan los historiadores por qué causa el general se retrasó más de cuatro horas; pero el hecho es que se retrasó. Los murguistas contratados por Chueca, desfallecidos, pidieron al genial madrileño que les cumpliera parte del contrato: darles de almorzar.

El autor de *Caramelo* no tenía un metal; pero, confiando en su ingenio, los llevó al café de Madrid, situado entonces donde ahora está el *Crédit Lyonnais*. Don Federico confiaba en el dueño del café, que era un entusiasta admirador del general. Chueca instaló a sus músicos, les hizo pedir café con media, y él se quedó en la puerta para dar la voz en cuanto aparecieran las tropas, a cuyo frente debía venir D. Juan Prim.

Tomaron los músicos el café con la dura media suela que por clasificación les correspondía, y Prim no daba señales de vida. El profesor encargado del bombardino salió a la calle y le dijo al maestro que entrase a tomar el café y que él se quedaría en *el faro* para dar la señal.

Chueca, que vió avvicinarse la catástrofe, convenció al del bombardino que volviera junto a sus compañeros y formó su plan, para no tener que ejecutar el himno en el viejo *Saladero*. Aun no habrían pasado cinco minutos de la «primera salida» del bombardino, cuando el genial creador de «la pobre chica» se asomó al interior del café y a voz en cuello gritó:

— ¡Que viene Prim, muchachos, que viene Prim!

Los murgantes empuñaron los instrumentos, todo el público abandonó el local, tirando vasos, cucharillas, sillas y hasta veladores. El himno se hizo oír, y tras los murgantes, a cuyo frente iba el que más tarde fué popularísimo en el mundo, formaban todos los que no habían pagado el café.

Cuando la gente se percató de que Prim no había llegado, ya estaban los ejecutantes del himno a cien kilómetros del cajón de los cuartos del café, y libres de la vergüenza de no tener ni los cuarenta céntimos que entonces costaba un café y media suela de abajo.

El ingenio salvó a D. Federico, cosa que ha ocurrido siempre que los hombres se han visto ante una terrorífica catástrofe...

"¿A QUE NO ME EQUIVOCO?"

Era D. Leopoldo Burón un buen actor, más célebre por sus frecuentes equivocaciones que por su arte. En cierta ocasión encargóse de repente de un personaje que tenía que contestar a tres cosas que le preguntaban.

— A que te equivocas — dijo a Burón el apuntador Mazoli.

- A que no.
- Te apuesto un almuerzo.
- Va.

Llegó el momento. Todos los cómicos que no trabajaban se pusieron entre bastidores a presenciar la derrota de Burón. Este, preocupadísimo y hablando *in mente*, salió a escena, y al hacerle la primera pregunta, contestó con energía y seguridad:

— Sí.

Y al mismo tiempo, mirando con disimulo a Mazoli, que ocupaba su puesto en la concha, le indicó con el dedo índice que ya había dicho que sí una vez.

A la segunda pregunta respondió nuestro hombre con otro sonoro sí, y con el mismo juego de dedos indicó a Mazoli que ya iban dos síes.

Y le hicieron la pregunta tercera. Entonces, el bueno de Burón, encarándose con el apuntador y estirando los dedos índice, corazón y anular de la mano derecha, exclamó, satisfecho de su triunfo y dándose más importancia que un soldado con gorro nuevo:

— ¡Tres!!...

Y, como es lógico, perdió la apuesta y le aburririeron a bromas los compañeros.

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

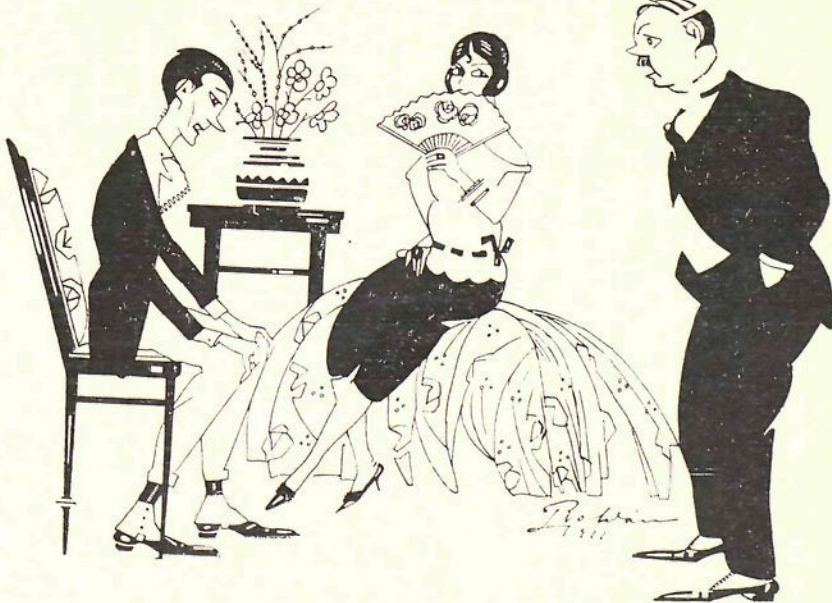
El sabio y célebre filósofo fray Ceferino González se hallaba una tarde en su habitación de trabajo departiendo amablemente con sus íntimos. Entre ellos había un duque, riquísimo, donjuanesco, volteriano, hombre de ingenio, que solía chancearse al discutir con el autor de *La lógica de la vida*, ya que

a ello le autorizaba su extraordinario entendimiento y el haber jugado de niños. Era viernes, y se comentaba que el padre Ceferino ayunaba, mientras que el duque, por tener bula, sólo lo hacía en Semana Santa.

— En verdad, padre Ceferino — dijo el duque —, que la vida de un santo varón como tú no es nada envidiable. Tanta penitencia y mortificación, dormir sobre dura tabla, andar descalzo, no llevar ni siquiera una mala camisa, comer poco y mal, no tener voluntad propia, ni sosiego, ni gusto, es un tormento, en mi concepto, insufrible. Si después de todo esto, del cansado coro, del incesante estudio, la pesada tarea del confesonario, del púlpito y de la cátedra, te condenases, ¿no sería una burla muy pesada, una injusticia notoria?...

— No hay duda — contestó el reverendo, el sabio filósofo —; lo sería, y mucho. Pero tú has nacido en elevadísima esfera, has tenido los mejores empleos de la Monarquía y gozado por muchos años el favor de los Reyes; en tu magnífico palacio he visto inmensas riquezas, una ostentación digna de un monarca, opípara mesa y abundantes y sabrosos manjares. Tienes ricos y numerosos colonos, criados y dependientes a millares; en tus cuadras, muchos y preciosos caballos, trenes magníficos y numerosos coches. En materia de diversiones has disfrutado de todo: convites, bailes, sa-raos, toros, teatros y cacerías. Ahora bien: si después de una vida tan dulce y tan regalada fueras al cielo, ¿no sería una burla muy pesada, una injusticia notoria?...

TORRES-ASENJO

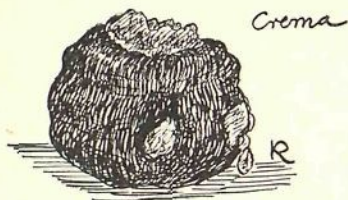


Dib. ROLDÁN. — Madrid.

- Y usted, pollo, ¿con cuánto cuenta para casarse con mi hija?
- Con diez mil plumas anuales.
- ¡Caramba!... Me parecen muchas plumas para un pollo...

BUÑUELOS DE VIENTO

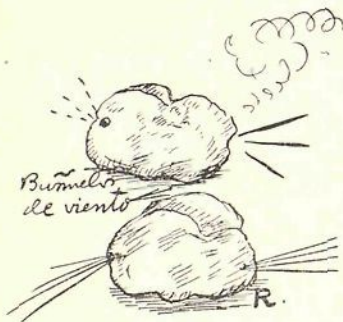
Las pastelerías hacen esa noche competencia a las funerarias: «Abiertas toda la noche.» En la calle parece que hay una iluminación especial, como si estuviesen de gala los faroles, como la no-



che de Navidad, la noche de primero de año y la noche de Reyes...

«Hay que comprar buñuelos de viento. No hay más remedio. Es como una golosina que se comparte con los muertos, algo así como el «postre de los muertos».

Las esposas están más tiernas que nunca con sus maridos, y los padres, que



matarían a sus hijos de un golpe, están suaves y soñadores.

— ¡Yo quiero una batata! — grita Antoñito.

Y su hermano Juan le dice burlonamente:

— ¡No seas batata!...

— ¡Yo, cabello de ángel! — susurra la mística de la casa.

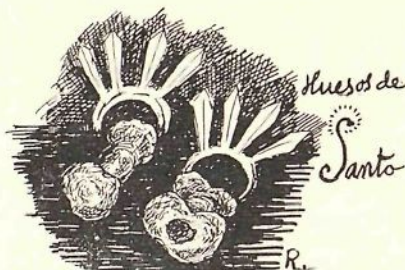
— ¡Yo, el que me toque a cierraojos! — dice el granuja de la casa, que des-

pués de escoger al tuntún y apretando mucho los ojos, exclama airado: — ¡Maldita sea mi suerte!... ¡Uno de crema!...

— ¡A mí, un hueso! — dice el más testarudo de la casa, el que presume más de escéptico.

— ¡A mí, uno de chantilly! — dice la primita invitada al velatorio, y que pidiendo *chantilly* se siente más elegante que nadie y más refinada. En seguida la encuentran sus primos el buñuelo con los dos pezoncillos blancos.

(Debían comerse sobre el mantel negro con cenefas de plata o cenefas blan-



cas, para darle más carácter catafalquesco.)

Después sigue la elección libre y todos promiscúan, emprendiéndola por fin con los huesos.

Se envía a los criados, que así también dedican las oraciones de ritual a sus muertos, dedicándoles el dulce paladeo de los buñuelos y la breve digestión de ellos.

Han faltado huesos, y eso que entre toda la familia se han comido todo un cementerio. Paquito, el niño mimado y que tenía que acabar dando la tabarra, insiste con voz macabra:

— ¡Yo quiero un hueso de muerto!... ¡Yo quiero un hueso de muerto!...

Ante tanta insistencia, el padre, que había hecho por una noche el pacto de dulzura, lo rompe, y le dice al niño con voz cavernosa:

— ¡Cállate!... ¡Que si no, te voy a des-huesar a ti!

— ¡Yo quiero un hueso de muerto!

— No se dice hueso de muerto, sino hueso de santo... — dice la mamá, que está ya nerviosa de oír lo de «hueso de de muerto», equivocación lamentable en



que incurre mucho el público, y que es la de peor mal efecto en la hora de zampar buñuelos de viento.

Los buñuelos de viento hacen ver lo que es la golosina de la vida frente al hambre y el estómago completamente vacío de la muerte.

Los inventó un zumbón humorista de esos que aprovechan los momentos ¡lú-

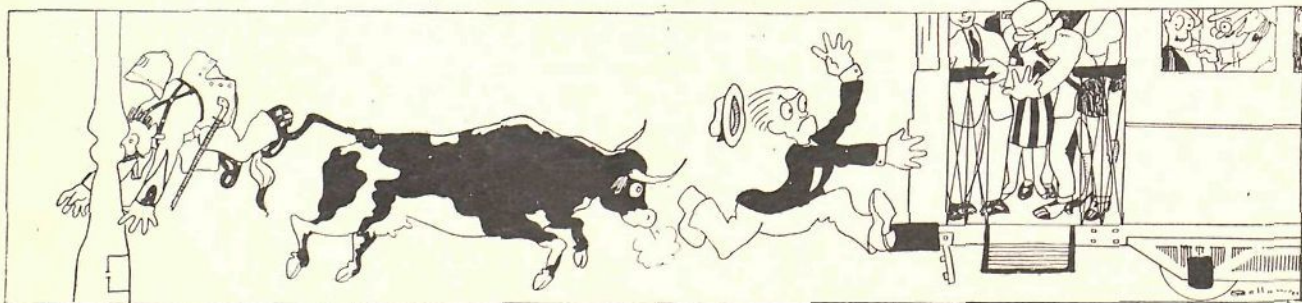


gubres para soltar una paradoja o algo que contraste mucho con el momento.

Los pasteleros, más humoristas que el inventor, dejan algunos vacíos, y así resulta más divertido cuando el más bobalicón de la casa encuentra el que no tiene nada, el explosivo buñuelo que estalla en el estómago.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.



— ¡Caballero!... ¡Está prohibido subir en marcha!...

Dib. BELLÓN. — Madrid.

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado.

XXV

No hay nada como no tener dos pe-setas, ni de dónde le vengan a uno, para hacer grandes descubrimientos en la vida... Colón descubrió América porque andaba de dinero que era una pena... Chicote descubrió a Loreto Prado hace luengos años (un poco después que lo de Colón), en la época en que tampoco digamos que andaba a garrotazos con el oro... Muchos poetas ultraístas han descubierto que un hombre puede pasarse hasta siete días sin comer; y lo han descubierto porque no tenían una perra para poner en movimiento las mandíbulas...

Es cosa probada, y anda en refranes, que el hambre agudiza el entendimiento y que el genio se aumenta con la dieta (con la sola excepción de una infinidad de diputados a Cortes, que ni con dieta ni sin ella consiguen que su talento nos asombre). Con un *bisté* muy grande no hay genio posible... ¡En cambio, cuando el *bisté* falta, se ve en seguida el genio que tiene cada cuall... Todo esto quiere decir que como yo, en esta segunda parte de mi viaje, estoy de dinero una barbaridad de parco, vengo haciendo una de descubrimientos que, de seguir así, inmortalizarán mi nombre. Sigán leyendo, y se convencerán.

Hace pocas horas acabo de realizar un descubrimiento sensacional en los mismos umbrales de un cinema de uno de los once bulevares llamados grandes por los parisienses...

Después de escrito este último párrafo, me asalta la duda de que lo entiendan ustedes, porque resulta un tanto obscuro; por lo cual, lo voy a substituir por el siguiente:

En un cinema instalado en uno de los once grandes bulevares (así los llaman los parisienses), acabo de realizar un sensacional descubrimiento, al detenerme en sus mismos umbrales...

¡Caray! ¿No les parece a ustedes que todavía sigue obscuro el parralito?

Por si acaso, lo escribiremos de otra manera:

Ayer martes 31 de octubre de 1922, pasaba yo por uno de los once bulevares (que los parisienses llaman grandes bulevares, y ellos sabrán por qué, pues a mí los cien bulevares que tiene París me parecen todos bastante grandecitos), cuando me detuve a las puertas de un cinema instalado en uno de los cien, digo en uno de los once, con la sorpresa pintada en el semblante, porque acababa de realizar un descubrimiento sensacional.

¿Está ya entendido?...

Creo que no debe haber ya duda alguna, y, por tanto, paso adelante.

Supongo que tendrán ustedes una gran curiosidad, una de esas curiosidades que les pican a la gente, por saber la clase de descubrimiento sensacional realizado por mí a la puerta del cinema instalado en uno de los once bulevares que llaman grandes los parisienses.

Voy, pues, a darles a ustedes cuenta de mi descubrimiento.

¡He descubierto a un sastre que se fugó de Madrid hace dos años en compañía de una americana!

Esto de que un sastre se fugue con una americana parece un poco absurdo, porque lo que suele suceder con más frecuencia es que se fuguen los parroquianos de los sastres, y no sólo con una americana, sino con varios trajes y algún que otro gabán... Pero en el caso que nos ocupa fué el sastre el fugado; y era la americana del lance (nuevecita ella: veinte años, morena y con unos ojos así) una muchacha habanera que vivía con su madre en un piso superior... (No es que el piso fuese superiorísimo, sino que caía encima del domicilio del sastre.)

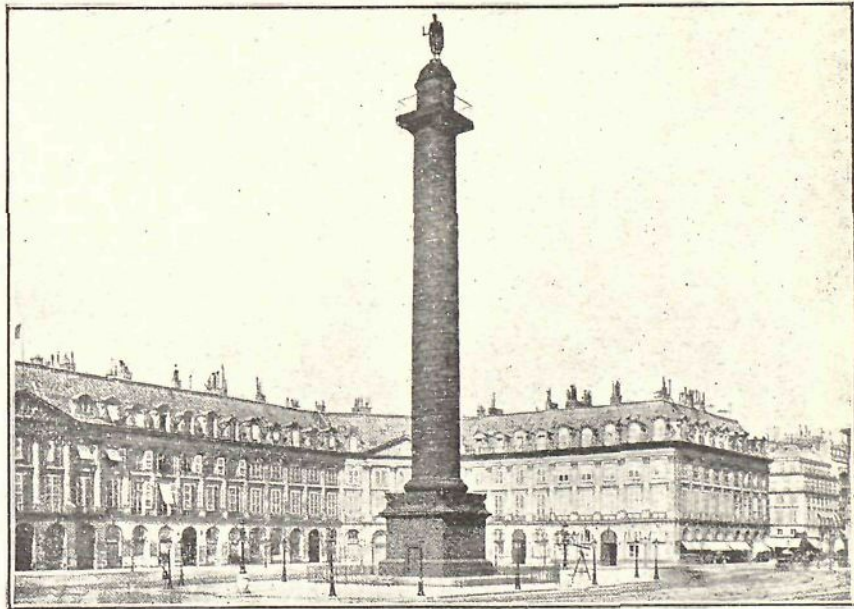
La fuga, de la que ustedes se acordarán, porque metió ruido y vino en los periódicos, sumió a la esposa del fugado en el desconsuelo, el abandono, la

ruina y el dolor de muelas, y a mí me causó cierto espanto, porque tenía el honor de contarme entre los amigos más íntimos del sastre... (No tan íntimo, desde luego, como la americana; pero bastante íntimo, ¡para qué vamos a andar con hipocresías!)

Pues bien: este réprobo del amor, este infame adúltero, este hombre admirado en Madrid por sus prendas personales y por sus prendas de última moda, ha sido el mismo a quien yo he descubierto a la puerta del cine instalado en uno de los once bulevares que los parisienses llaman grandes, porque tienen una presunción que asusta...

El descubrimiento lo califico de sensacional: primero, porque me hizo sensación a mí, y segundo, porque me da la gana; pero además debo calificarlo así, porque yo he hecho en un minuto lo que no pudo hacer en año y medio toda la policía de Madrid y provincias puesta en movimiento por la esposa ultrajada el mismo día en que se pusieron también en movimiento su marido y la habanera... (La policía ignoraba que el movimiento de la habanera puede conocerse perfectamente consultando el caso con un profesor de baile...)

Resumen: que la policía no pudo des-



La plaza "Vendôme" y la columna del mismo apellido.

He aquí una de las plazas más aristocráticas de París. La columna que supongo que verán ustedes en el centro, porque se necesita estar ciego para no verla, es una imitación de la columna de Trajano, de Roma, y se hizo por orden de Napoleón con el bronce de mil doscientos cañones rusos y austriacos. Fué hace años el punto de reunión de todos los suicidas de París, es decir, de los suicidas elegantes, porque se daba el caso de que los suicidas de familia modesta se contentaban con tirarse al Sena, y, en cambio, los suicidas de la aristocracia preferían arrojar desde la columna Vendôme, con el fin de dar el golpe en la plaza...

¡Ostentaciones que hay!...



Una fotografía curiosísima.

No se trata, como a primera vista parece, de que en París se estén verificando las obras de una nueva Gran Vía. Se trata de la transformación del túnel de Batignolles en una zanja abierta, para que los trenes que van a la estación de Saint-Lazare disfruten de más ventilación de la que tenían antes. Con esto se evitarán desgracias como las que ya han ocurrido, pues en París no sólo chocan al extranjero las modas, los monumentos y las elegancias, sino que a veces le chocan los trenes... ¡y le fastidian!...

El espectáculo de estas obras es el único espectáculo gratuito que me he podido proporcionar en París desde que ando mal de francos y peor de pesetas, lo que quiere decir que asisto a todas las representaciones que se están dando... Sólo en mi presencia se han retirado ochenta mil metros cúbicos de tierra... Pero los que faltan por retirar, los va a ver retirar mi querida amiga Rita, cuyos pies besol...

cubrir al sastre, y que ayer lo he descubierto yo en un bulevar parisiense.

Y lo descubrí de manera bien sencilla.

Al pararme a la puerta del cinema, deplorando no tener dinero para entrar, me crucé con él. El hombre iba presumiendo, porque iba de americana; pero al reconocermelo descendió de su olímpica altura, y lanzándome una sonrisa a lo Sánchez Guerra (es decir, de exhibición dental y molar), me dijo melifluo, dulce y cariñoso:

— ¡Bon jour, Polol... (Como lleva dos años en París sabe ya francés.)

Y al mismo tiempo que me dirigía la salutación, se quitó el sombrero con ademán gentil.

¿Puede ahora dudar nadie, después de saber que se quitó el sombrero, de que yo he descubierto a ese hombre?...

El que lo dude me ofende...

XXVI

Pero no es éste el único descubrimiento que he llevado a cabo, pues por descubrir una sola cosa no presumiría como estoy presumiendo hace un rato.

He descubierto otra cosa más importante:

¡He descubierto que los franceses no saben francés!

Esta trágica revelación, que cuando la sepa Poincaré le hará verter lágrimas seguramente (y morderse los puños probablemente, dado el carácter que tiene el gachó), me la hizo un cartel que vi en la puerta de otro cinema, también

instalado en uno de los once grandes bulevares tan repetida y pesadamente mencionados...

Decía el cartel: GRAND ORCHESTRE SYMPHONIQUE. 20 SOLISTES.

Y digo yo:

O el francés que ha puesto el cartel no sabe francés, ¡que es lo más seguro, o si la orquesta no está formada más que por solistas, ¿dónde está la sinfonía?

Comprendo que don Luis Mejía, según él asegura bajo su palabra, pusiese un cartel en París que decía, si mal no recuerdo: *Aquí hay un don Luis, que vale lo menos dos*, y que los franceses no entendieran el cartel; pero no comprendo que un francés ponga un cartel en París, y que los franceses no lo entiendan tampoco.

¡En España no pasan esas cosas (seamos patriotas), pues de diez y nueve millones de españoles, sólo hay tres personas que no saben el castellano, o que escriben en castellano y no lo entendemos los diez y ocho millones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y siete individuos restantes!

¡Y son: Maura, Sánchez de Toca y Cambó! ¡Total, nada!...

XXVII

Otro descubrimiento.

Los autores dramáticos franceses se quitan los títulos de las obras o se los plagian unos a otros con una frescura que ni Muñoz Seca ni yo hemos tenido nunca.

Ayer me encontré un periódico tirado en medio de la *rue de la Pépinière*, y, conmovido por la baratura de su adquisición, lo tomé en el acto y me puse a leerlo blandamente apoyado en la fachada de un cuartel que hay allí y que titulan de Juana de Arco... (¡Vertamos una lágrima a la memoria de la valiente doncella, que ha sido la única doncella para todo que registra la Historia..., aunque la Historia no ha procedido bien registrando a una doncella!...)

En el periódico susodicho leí que un autor conocido, que parece ser monsieur Ives Mirande, ha anunciado que su próxima obra se titulará *J'ai un amant*; y que dos días después otro currinche (monsieur Sacha Guitry) ha hecho anunciar que la opereta que tiene en cartera se va a llamar *J'ai deux amants*.

¡Es un caso de desaprensión probadísimo y que demuestra que Sacha tiene poca lacha!

¡Es exactamente lo mismo que si en Madrid estrenase la *Preciosilla* un cuplé titulado *Yo tengo diez amantes*, y a las dos noches saliese *Chelito* diciendo a voces: *Yo tengo cien amantes!...*

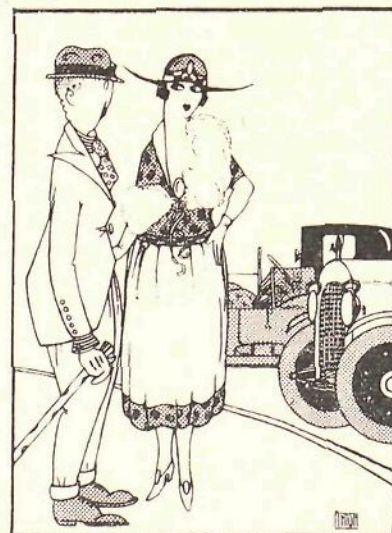
¡O como si yo titulase una obra *El que hace un cesto, hace ciento*, y luego viniese García Álvarez diciendo: *El que elabora un cesto, construye un water-closet!...*

La *Preciosilla* tendría derecho a incommo-darse... ¡y yo haría lo mismo que la *Preciosilla!...*

¡Hasta cierto punto..., se entienda!...

ERNESTO POLO.

Paris. — Bar Brésilien. — Octubre.



Dib. ANTÓN. — Valencia.

— *Estoy indeciso; no sé qué marca adquirir...*

— *¡Sí; ya te conozco!... ¡Acabarás ofreciéndome el tranvial!...*

LAS COSAS DE LOS TEATROS

EL "PATEO" DE ASENJO



Es aquí a nuestro pequeño y grande Antonio Asenjo, que, en unión de su colaborador, Angel Torres, han dado, más que un gran paso, un enorme vuelo en su carrera de dramaturgos. Inútil sería disimular que dijimos lo del *vuelo* para añadir que lo dieron con su *Paloma*, estrenada hace pocos días en el teatro Romea. Queremos expresar que el tal pájaro los ha subido a las nubes.

Risa y sentimiento, gracia y habilidad — ¡salud y pesetas! —: todo eso se encuentra en la nueva obra asenjiana. Nos regocijamos sinceramente.

Pero como no estamos dispuestos a destapar el tarro del incienso, porque no es costumbre en esta casa, con el fin de neutralizar el bombo, vamos a referir un episodio cómico ocurrido el día del estreno, y que servirá para que el lector le tome un poco el cabello al afortunado comediógrafo.

Nuestro hombre — Asenjito — entró en el teatro momentos antes de comenzar la representación y con la inquietud y la zozobra peculiares del autor en día de estreno.

En su azoramiento, creyó que llegaba tarde, y fué a la Dirección con toda rapidez para dejar el abrigo y encaminarse hacia el escenario.

Apenas se había despojado de la antedicha prenda, el terror y el asombro paralizaron su acción.

¿Qué ocurría?

Algo espantoso y amarguísimo.

Asenjo percibió claro, indudable, rotundo, continuado, un terrible *pateo*. Temblaba todo como si el teatro se viniese abajo...

La más angustiada desolación se apoderó del ánimo de nuestro leal cofrade. Salió al pasillo preguntando:

- ¿Por qué protestan?
- Pero ¡si aun no ha empezado!
- Entonces, ¿ese *pateo*...?
- ¿Qué *pateo*?
- ¡Recaramba! ¡Ése que me están atizando!

Una carcajada ruidosa atronó el escenario de Romea.

El *pateo* que oía perfectamente Asenjito era lo siguiente:

La puerta falsa del teatro da a la calle de la Bolsa, y por allí tiene la entrada una Academia preparatoria. En el momento de llegar el autor, terminaban las clases en la Academia, y los alumnos salían en tropel y bajaban por la escalera, que es de tablones...

Por poco hay que sangrar al diminuto y formidable comediógrafo...

LOS "DON JUANES"

Ya han llegado. En casi todos los escenarios realizan sus proezas y sus seducciones. Castañas, nueces, higos y *tenorios* aparecieron con el frío imprudente, propio de la estación...

No hemos de decir que las Ineses y los Juanes van envejeciendo y pasando de moda. Acaso debiéramos escribir unos nutritivos párrafos sobre tan novísimo tema.

Pero, si tal hiciera, «os podrías quejar

de mí». Y no queremos provocar vuestras quejas. Ya lo hace el público que acude por costumbre a las representaciones del drama de Zorrilla. Y ya ve por sus propios ojos que esa vejez de que íbamos a ocuparnos, no es un simple tópico.

¡Oh, los Tenorios, cansados, de cartón, caducos, que nos han servido este año!... ¡Oh, las Ineses, ajamonadas y opulentas del día!... Conquistadores reumáticos, novicias que tienen edad para ser superiores.

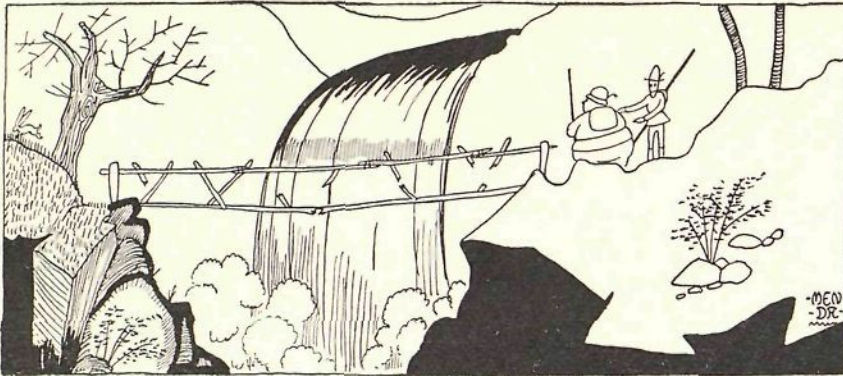
¡Razón suprema que les impide ser superiores!

JOSÉ L. MAYRAL.



Dib. CABANES.

Señoras Satorres y Bárcena, Srta. Leal y Sres. Martori, De la Vega y Collado, del teatro Eslava, en El conflicto de Mercedes, de Muñoz Seca.



Dib. MENDA. — Madrid.

- Mire cómo corre aquella liebre junto al árbol.
— Es inútil que la mire: no veo bien con las cataratas.



Dib. CASERO. — Madrid.

- Y qué, ¿ganas mucho dinero con esto?
— ¡Hombre!... ¡Es un oficio que rinde bastante!

PROGRAMAS

SEMANA DE TODOS
LOS SANTOS

Crisantemos y cardos, las flores espectros de otras flores, y en este caso, de unas camelias y unos claveles.



Ignacio Sánchez Mejías, haciendo honor a su nombre loyolesco, y hallándose en la fragua del misticismo, de pronto, una tarde, todavía envuelto en la glorificación de su última hazaña, sintió el desencanto de la popularidad, y como los antiguos aventureros, se retiró a la existencia escondida y humilde.

Admirable tipo de raza el sevillano que renovó en nuestros días la trayectoria de los viejos españoles legendarios. Sin excluir la conquista de América, ni el oro y los amores, ni el epílogo del arrepentimiento...

Por las venas del ruidoso andaluz corría, arrastrada por la sangre de fuego, la ceniza de Séneca, levadura del pan negro con que engañamos el hambre de nuestras desolaciones.

Y ya que no el cuerno del toro, una de las serenidades ascéticas que erizan el aire de Avila, como la piedra su suelo, chocó contra el resorte fatal, y el tinglado artificial de la energía alegre se vino abajo, quedando aplastada en un repentino pesimismo la criatura retadora hasta la temeridad.

Seguramente, el famoso matador no sospecha el sentido de su despedida...

Pero su postrer capote de raso y pedería era al mismo tiempo un trozo de estameña conventual.

Como fué en *Joselito* el escudo que cubre el cuerpo roto del héroe. Y en Belmonte, esa postrer capa se ha convertido en papel del Estado, ya sin más desgarradura que la de cortar el cupón.

... Cardos a Ignacio Sánchez Mejías; modestia y altivez del yermo abulense, fantasmas de los clavelones que simbolizan las pretéritas apoteosis de la sensualidad.



Y para Raquel Meller, los crisantemos, las silenciosas bolas sin olor, ovillo de gusanos que devoran las camelias de Margarita Gautier.

Siempre oportunas en manos de la deliciosa artista, los anillados borlones asiáticos y fúnebres, como tributo al marfil de su rostro de chinita en un manto y a su calidad de musa de las enfermerías y los patíbulos.

Raquel convirtió el escenario en una alcoba donde se respira el mal que llamaban pulmonónico los doctores del siglo XVIII.

Cara de luz de luna bajo los cabellos románticamente negros; y los brazos inmateriales y la vegeadad de su paso. Adivinábamos en ella la fiebre [y el su-

dor frío que barniza, transformando la carne en una porcelana maravillosa...

Calofriaba a sus devotos la crueldad inconfesable de imaginar que una noche iba a desmayarse la infeliz, al descubrir entre los músicos a uno que no se desposee de su manto de terciopelo, que toca el violín sin descalzarse los guantes y que oculta la calavera con un antifaz de aquellos de las máscaras venecianas...

Así se presentó y triunfó en París, herido por la mujercita misteriosa como por el estilete de una *apache* soñada.

Raquel renovaba la historia de la Cenicienta, al conseguir que la redimieran del *music-hall* para consagrarla como la primera trágica de su época. Cada cuplé, un drama, como una pildora con veneno. Llegó a tanto el entusiasmo del público, que un perfumista pensaba enriquecerse con una esencia de su invención, denominada *cadaverina*, y que unos pulverizadores debían esparcir durante el espectáculo de moda...

Mas he aquí que este otoño retorna Raquel Meller al bulevar, y el bulevar no la reconoce. *De toutes parts* — dice un periódico — *c'est un concert de voix desillusionnées.*

No se culpe a nadie sino a la propia canzonetista. Imaginaos que ha engordado y que se tiñó el pelo de caoba. Los parisienses esperaban a Carmen y la Dama de las Camelias, y llega una encantadora *madame Durand*, de regreso del veraneo saludable y rejuvenecedor.

No, Raquel, no; una trágica no puede permitirse los caprichillos de una burguesita mimada. Sarah y la Duse, sus rivales, de hora en hora exaltan más su carácter de heroínas del infinito. Sarah, bandera del napoleónico museo de los Inválidos, recorre el mundo desgarrándolo y desgarrándose. Eleonora Duse, solitaria en un palacio abandonado, semeja un águila que se sacó los ojos.

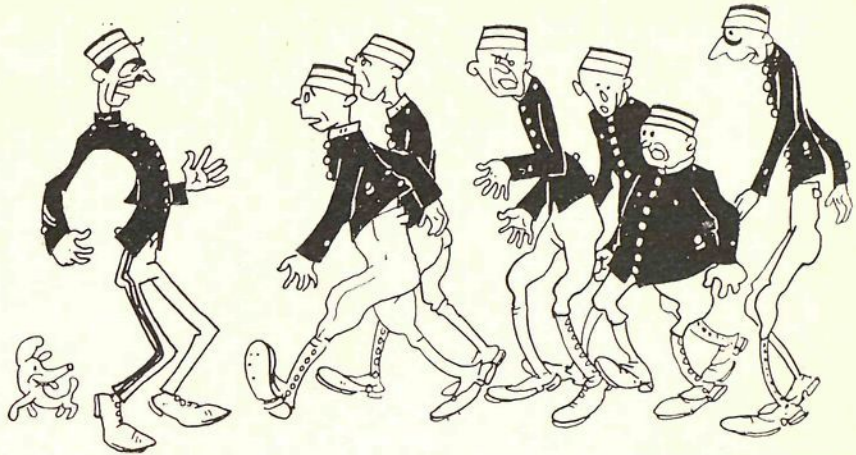
La muchedumbre, libre de la adorable coacción del lunatismo de su antigua favorita, «después del suceso verdaderamente absurdo del año pasado — copiamos de una revista autorizada —, que no guardaba proporción con los méritos de la Sra. Meller, está ahora en camino de no hacerle justicia».

«Nosotros — agrega el crítico — vamos a decir sencillamente la verdad. Raquel Meller es una *chanteuse* agradable, que expresa con acierto la melancolía de la mujer rechazada por su amante, y hasta dos o tres sentimientos más, sin que de seguro lleguen a cuatro.

»A raíz de una violenta campaña de prensa — porque no es cosa baladí tener el marido periodista y buenos agentes de la *réclame* —, el público se apasionó por Raquel Meller hace un año; y en éste, el mismo público declara que *no existe* la artista, desencantado quizás a causa de la gordura de ella.»

... Crisantemos para Raquel, que ha preferido sobrevivirse a la inmortalidad.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.



Dib. MURO. — Valencia.

EL SARGENTO. — ¡Mardita zeal!... Ya tengo dicho que marchéis con más marcialidad... ¡Fijaos en mi, home!



Dib. ESPLANDIU. — Madrid.

— Hace usted el engüento que le dije y lo mete en una botella... Lo deja toda la noche al sereno...

— ¿En una botella y al sereno, con lo borracho que es?...

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL LIMPIABOTAS

No hay nada que reduzca tanto las humanas libertades como esa nefasta invención del limpiabotas. En él, en el sencillo acto de lustrar unos zapatos y en el más sencillo aún de dejárselos lustrar, está la causa de la reconocida decadencia de nuestra raza, de la pérdida de sus energías y su valor impetuoso.

En la observación directa del hombre antes y después de limpiarse el calzado, tenéis demostrada esta idea.

Un hombre con el calzado sucio es audaz, irreflexivo, confiado, decidido. Nada le asusta ni le constriñe. Atravesará sin vacilación la calle encharcada y llena de barro, chapoteando con sus zapatos sucios, con airosa despreocupación. Si necesita tomar un tranvía, correrá calle arriba hasta alcanzarlo; si la calle está llena de gente, atravesará atropellando, pisando y dejándose pisar.

Nada habrá capaz de contenerle. Se acercará a los corros que se forman en la calle, sin disimular su curiosidad por el atropellado o por el nuevo invento yanqui contra los callos. Seguirá siempre el camino derecho, sin ver riesgos, sin obedecer dilaciones, inspirado en una nobilísima tenacidad.

En cambio, ¡qué lamentable espectáculo nos ofrece el hombre que lleva limpio su calzado!

Al salir del limpiabotas, será su primer gesto temeroso el de extender el brazo para ver si llueve. Después andará muy despacio, esquivando pisadas, pegado a los escaparates. Antes de atravesar una calle, estudiará largo rato la manera más fácil, a fin de no empañar el brillo conseguido sobre sus zapatos en el limpiabotas. Dará unos saltitos ridículos sobre los charcos, y a veces se



Dib. DURABAT. — Madrid.

— Dicen que vale mucho la baronesa de Uriac.

— Si, hijita. ¡Hoy tienen un gran valor las antigüedades!

quedará en medio de la calle, desparramado e indeciso, perdido en un espeso mar de barro, sin encontrar una salida. Todos sus movimientos serán lentos, mirará a todas partes aterrorizado, pensando en un peligro que vendrá sobre sus zapatos.

Si hay un corro en la calle, huirá de él como del diablo. Las aglomeraciones le producirán graves temores. Huyendo del tumulto de las calles céntricas, frecuentará las retiradas y tranquilas, y se volverá egoísta, retraído e insociable.

Los hombres abnegados, los que salvan a los niños que se están ahogando y a las mujeres que gritan en una casa incendiada, son hombres de calzado sucio; porque el calzado sucio nos inmuta de toda idea mezquina. En cambio, bien puede estar pereciendo toda la Humanidad, sin que, para salvarla, se atreva un hombre de calzado limpio a meter sus pies en un charco.

Debemos hacer propaganda del calzado sucio, para conservar la vitalidad de la raza, para hacer hombres audaces y heroicos. Todas las grandes conquistas de la Humanidad las hicieron los hombres de calzado sucio. Todas nuestras santas tradiciones, todo nuestro honor, nuestra nobleza y nuestra gallardía son de calzado sucio.

Mientras que esta parte de la Humanidad, la más excelsa, conquista las ciudades, se remonta a los aires, descubre tierras ignoradas, lleva la civilización y la fe a los salvajes lejanos, guía nuestros trenes, saca el metal de nuestras minas y lo funde en los hornos, la otra parte, la despreciable clase de los hombres de calzado limpio y reluciente, se sienta en Molinero y en Fornos a lucir sus zapatos y a alimentar su orgullo con el desprecio a los demás hombres. Como recuerdo de su existencia sólo dejarán alguna casa de la Gran Vía coronada de tartas y ramilletes, algún chaleco de punto de lana, alguna novela de Díaz Caneja o alguna comedia de Fernández del Villar, que son las más notables producciones de los hombres de calzado limpio.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— El señor, un chico de limón. ¿Y la señora?
— Otro chico...

LA POLÍTICA PINTORESCA

"UN TENORIO" DE ACTUALIDAD

La acción en «la hostería del Pastel», vulgo cantina del Congreso. Se supone — ¡y ya es suponer! — que el Congreso está funcionando.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN MAURA, con antifaz, sentado ante una mesa, escribiendo. CIUTTI CIERVA y BUGALLALI charlan a un lado. CIUTTI lleva calzas a cuadros y es un perfecto escudero barrigón. Al levantarse el telón se ve pasar por los pasillos del foro a los *malditos de la mayoría*, que promueven gran alboroto de voces.

DON JUAN. ¡Cuál grita la mayoría!
¡Mas reniego de mi sino
sí, conquistado Gabino,
no consigo hacerla mía!
(*Sigue escribiendo.*)
(*A Ciutti, por los de fuera.*)
¡Qué escándalo!

BUGALLALI. ¡Qué sesiones!
¡Bien moverás «la sin hueso»!

CIUTTI.

BUGALLALI. No creas... En el Congreso hay ahora pocos riñones. Parece esto una taberna, y la gente acomodada sabe ya que aquí, por nada, alguno mete la pierna.
 (Por don Juan.)
 Cállate, no se impaciente.
 ¿Le sirves?
 Sí.
 ¡No eres bobo!
 En el Barranco del Lobo juré ayudarle fielmente.
 ¿Es buen puesto?
 ¡Cosa fina!
 Cobro, reparto destinos, y tengo en Murcia mil pinos, que me dan mucha resina.
 (Por don Juan.)
 ¿Es rico?
 ¡Cobra minutas!
 ¿Bravo?
 ¡Dilo en Barcelona!
 ¿Es buena o mala persona?
 ¡Pschl... ¡Fogata de virutas!
 ¿Y a quién escribe el señor, tan cuidadoso y prolijo?
 No lo sé; pero, de fijo, no lo entiende su lector. Mas calla...
 DON JUAN. (Cerrando la carta.)
 ¡Ya he concluído!
 ¡Cierva!
 (Acercándose.)
 ¡Señor!
 DON JUAN. Este pliego lleváselo, desde luego, a Allende, el desconocido. El diablo de malos pies, que sabe mis intenciones, te ayudará...
 ¿Romanones?...
 ¡Bravo! ¡Ya sabes quién es! El te dará una tarjeta y te indicará una esquina...
 Y... ¿me dará la propina?
 (Riendo.)
 ¡Ese no da una peseta!

ESCENA CUARTA

DON DIEGO CAMBÓ. (Desde el foro.)
 ¡Gracias a Deu que he vingut!
 Hay poca gente..., es temprano...
 BUGALLALI. Adelante el castellano...
 DON DIEGO. (Riendo.)
 (¡No sabe lo que ha digut!)
 ¿El Congreso del Pastel?
 En él estáis, justamente.
 DON DIEGO. ¿Está en casa el presidente?
 BUGALLALI. Estáis hablando con él.
 DON DIEGO. ¿Vostet es Gabino?
 BUGALLALI. Yo.
 DON DIEGO. ¿Es veritat que hay aquí debate esta tarde?
 BUGALLALI. Sí.
 DON DIEGO. ¿Ha vingut en Maula?
 BUGALLALI. No.
 DON DIEGO. Asperaré.
 BUGALLALI. Si así os place...



Dib. PALOMINO. — Madrid.

— Mañana tengo partido, pasado mañana tengo partido, y el domingo también tengo partido...
 — ¡Parece mentira que con esa cara tengas tanto partido!...

DON DIEGO. ¿Os sirvo?
 DON DIEGO. ¡No! (¡Quina plagal!)
 ¡Tomad! (Le da dos perros gordos.)
 BUGALLALI. (Asombrado.)
 ¡Catalán, y pàga un gasto que no me hace!... (Se retira.)
 DON DIEGO. ¡Que le pague a un espanyol por estar aquí sentat un catalán proclamat ídolo an Castelltersoll... Mas... ¡tengamos sangre fria! Cadafalch pagará luego si me sale bien el juego y logro la autonomía...

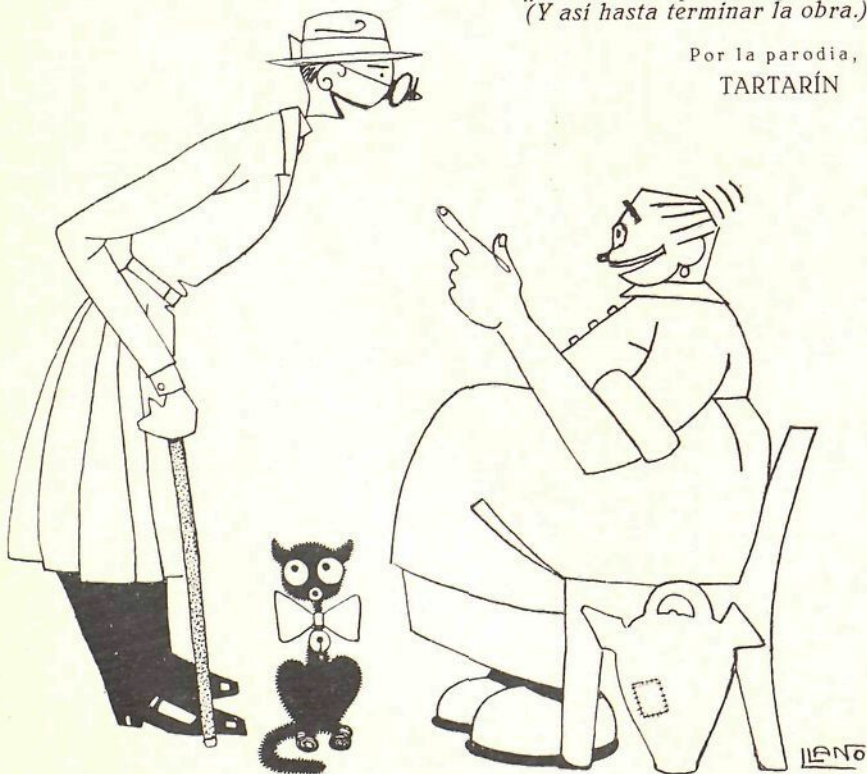
ESCENA SEXTA

DON JUAN MAURA. La apuesta fué...
 DON LUIS SÁNCHEZ. Porque un día dije que iba a ser eterno en el banco del Gobierno, aun sin tener mayoría. Y como en las elecciones actas les di a mis devotos, yo os dije: «¡Tengo más votos en el salón de sesiones!»

¿No ocurrió así?
 DON LUIS. Por supuesto!...
 DON JUAN. Y vinimos a quedar...
 DON LUIS. En ver si yo iba a aprobar otra vez el Presupuesto.
 DON JUAN. Recordada ya la historia...
 DON LUIS. Empezad vuestro discurso, que se impacienta el concurso.
 DON JUAN. ¡Me lo aprendí de memoria!
 PUES, señor: yo, desde aquí, tras buscar con triquiñuelas muchos votos para mí, a Solórzano me fui, para pintar acuarelas. Pronto pusieron allá este cartel enigmático: «Aquí don Juan Maura está, que ni es pintor, ni gramático, ni chicha, ni limoná.» Aquellos días de gloria a relataros renuncio; pero que conste en la Historia que pedí votos... ¡jal nuncio y hasta a González Hontoria! De Solórzano, por fin, salí con harta premura, con La Cierva y Gabrielín, porque ya, en aquel confin, no quieren ¡ni mi pintura! Al Ejército busqué; mas las Juntas de Defensa recordaron ce por be lo que yo dije en la Prensa..., ¡y ni un voto les saqué!

Busqué al clero y a la banca, y al darme ellos carta blanca, puse en mi puerta un bolonio: «Maura los votos le arranca al mismísimo demonio. Desde San Pedro y Allende al cursi de Goicoechea, a todos la mano tiende, y si alguien el voto vende, él lo compra como sea. Búsquenle los zascandiles, lleguen los «correvediles», córtele quien quiera un traje..., ¡y a ver si hay quien le aventaje en dar guerra a los civiles!» Y aunque logré escasos votos, de fijo nadie olvidó que en los pueblos más remotos no hubo broncas ni alborotos que no reprimiera yo. Por dondequiera que fui, un discurso pronuncié, un disturbio promoví, una acuarela pinté, y más de una silba oí. Yo a Silvela abandoné, yo a don Práxedes hundi, yo a Villaverde aplasté, y en todas partes dejé memoria amarga de mí... A esto Maura se arrojó. Escritos en un papel trae los votos que logró... Y si alguien dice que no, ¡jle arranco al punto la piel! (Y así hasta terminar la obra.)

Por la parodia,
 TARTARÍN



—Sí, señor; a las dos chicas las puse en el Reina Victoria. La pequeña, de segunda tiple, y la mayor...
 —Si; ¡la mayor ya he visto que está de primera!...

TITIRIMUNDILLO

Ya comenzó la matanza de cerdos en el nuevo matadero.

¡El pisto que se habrá dado la cochina familia del primer cerdo sacrificado!...

«La Gaceta publica una disposición contra la langosta, que demuestra el celo del Gobierno.»

¡Cólico seguro! Porque la langosta, en la época del celo es cuando sienta peor.

En una redacción.

— A ver, Mindiundi. Coja un asunto de actualidad y procure darle aire haciendo un artículo corto.

— Está bien, director.

— ¿De qué va a hacerle?

— ¿De actualidad y darle aire? ¡Sobre los buñuelos de viento!

Los dirigibles que hagan el viaje de Sevilla a Buenos Aires emplearán tres días y medio a la ida y cuatro a la vuelta.

— ¿Por qué esa diferencia?

— Porque a la vuelta es cuesta arriba.

— ¿De qué es tu novio? Porque, chica, con esto de los uniformes todos iguales, no los distingo.

— De Artillería.

— Pues ojo, porque ya sabes que en la Artillería hay cada pieza...

«Se han reunido los parlamentarios de Jerez.»

— ¿Han abierto discusión?

— Hombre, no; siendo de Jerez, lo que habrán abierto serán botellas.

El Sr. Díaz de la Cebosa, diputado y confitero, ha pronunciado un discurso al final de un banquete.

Todo el mundo reconoció que sus palabras eran dulces.

Y hubo quien pensó en repetir.

«En la Casa del Pueblo se ha celebrado la Junta general de conductores de carruajes.»

Hasta aquí la noticia; pero a ella debía añadirse este complemento: «El presidente guió muy bien la discusión.»

El nuncio llegará a Madrid en los primeros días de noviembre.

¡Perfectamente! Ya tenemos a quién contarle algunas cosas.

Aquellas de las que se dice: «¡Eso se lo cuentas al nuncio!»

Se ha inaugurado el Palacio del Hielo.

Suponemos que morder allí un picaporte o pasar la lengua por las paredes, será lo mismo que tomar un sorbete.



— Lo mejor será avisar a la Policía.

Alguien se había adelantado ya, porque dos gigantescos *policemen* se acercaron al grupo, tomaron al joven, uno por las plumas y el otro por el extremo del taparrabos, y, entrando en el ascensor, descendieron cuando la hostilidad del grupo iba tomando vistas al linchamiento.

Pensylvania Street estaba en aquel momento ocupada por enorme tráfico. Hora mundana en que las bellezas y las elegancias salían a compras; hora de Bancos y de negocios, en que los hombres se entregaban a la fiebre de las especulaciones; hora del vermut...

Los *policemen*, conduciendo a Ludovico, bajaron de la acera y empezaron a cruzar la calzada... Hicieron una señal: el enjambre de autos, de coches y de carros se detuvo. Ya cruzan, ya están en el centro de la calle, cuando desde un auto magnífico hacen imperativas señas de que se acerquen. Obedecen los agentes de la autoridad, y ya junto al vehículo, reciben la tarjeta que el elegante caballero asomado a la ventanilla les alarga.

Los policías saludan respetuosamente y esperan...

— Yo pago los vidrios rotos y respondo del muchacho — dice el ocupante del auto —. Pueden dejarlo en libertad...

Los agentes obedecen y se retiran. El protector inesperado abre la portezuela e invita a subir a Ludovico. El coche parte a toda la velocidad posible... Para muchos, la película continúa.



Estamos en la Quinta Avenida y en uno de los más espléndidos palacios existentes en la misma.

El edificio, de estilo corintio con varia-

BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

(CONTINUACIÓN)

ciones aztecas, tiene toda la fachada de mármol de diversos colores, dándole la apariencia de un colosal caramelo de los Alpes.

Detrás del hotel se extiende un hermoso parque, donde alternan los más extraños árboles frutales con las hierbas medicinales y las plantas de adorno.

En el interior, el más refinado lujo se ostenta desde el *hall* de entrada. Cuadros de las mejores firmas pasadas, presentes y futuras; vargueños, bibelotes, perros raros, armaduras, lacayos de lujoso uniforme, tapices y cuanto pueden reunir el refinamiento y la riqueza.

El habitante del hotel y poseedor del mismo y de cuanto en él se encierra es William Sánchez, multimillonario de ascendencia española, rey de la cartulina, presidente del *trust* del engrudo y accionista de varias minas y de Compañías importantes, socio de los más aristocráticos Clubs y ex pasajero del colosal vapor *El Caos*.

Tal era, a grandes rasgos, el protector de Ludovico. Instalado éste en el suntuoso palacio, bien pronto se aclimató al nuevo ambiente. Mister Sánchez, más inclinado todavía hacia el joven por la circunstancia de conocer éste el español, satisfacía gustoso todos los caprichos de su protegido.

Y a los dos años de esta nueva vida, Ludovico de Bechamel — había antepuesto la partícula *de* para ennoblecer un tanto su apellido — era un joven *bien*, que se destacaba entre los que formaban la crema neoyorquina por su maestría en el *polo*, en el balandro, en el *mus ilustrado* y en el baile, especialmente en el *paso de pavo* y en el tango canadiense.

Esta cualidad de gran danzarín fué la principal causa tal vez de la buena acogida que le hicieron en las más encumbradas casas. Por ello fué encargado de dirigir el cotillón en el suntuoso baile que preparaba el rey de los colchones de muelle en honor del príncipe Holehole, primo segundo de una tía abuela de la cuñada del Káiser.

La fiesta, con ser muchas y brillantes las que la sociedad neoyorquina acostumbra a celebrar, prometía dejar recuerdo perdurable.

Llegó la noche señalada. El palacio parecía una hoguera de San Juan. Luz a raudales llenaba el colosal edificio.

El invernadero daba la sensación de una selva de la India. Contribuían a esta semejanza — además de los árboles exóticos y plantas tropicales — algunos tigres dise-

cados, serpientes boas rellenas de serrín y cocodrilos de cartón piedra.

Los salones estaban llenos de lo más destacado en nobleza, dinero, arte y política. En un corro, el conde de Konokho, embajador de Noruega, departía con el tenor Gallini y con el pintor checoslovaco Nijikara. Más allá, la duquesa de Smith-House, deslumbrante de joyas, conversaba con la bailarina rusa Kikiroff y con la hija del presidente de las grandes fábricas del Domestic-Aeroplan.

Faltaba ya poco para empezar el cotillón. Las parejas se disponían a formarse, cuando un grito agudo resonó en el salón.

El grito lo había lanzado la duquesa de Smith-House, que, horriblemente pálida, se desplomó sobre un sillón.

Todos la rodearon.

— ¡Mi co... llar!... ¡Mis pen... dien... tes!...

— balbuceaba trémula, y agitaba sus manos temblorosas sobre el pecho, y en los lóbulos de las orejas —. Mi collar y mis pendientes — dijo un poco más serena —: eran recuerdo de mi esposo...; habían costado dos millones de rublos... (El marido había sido muy *rubloso* siempre.)

— ¡Que cierren las puertas! — gritó el dueño de la casa —. Caballeros — dijo volviéndose a los atónitos circunstantes —, es éste un asunto muy delicado y que conviene a todos que se resuelva de un modo diáfano. Espero que ninguno de ustedes intentará moverse de este salón y que no opondrán resistencia a ser registrados. Voy a avisar al detective particular Picantton y a Scotland Yard.



Momentos antes de la exclamación de la duquesa, Ludovico, que estaba sosteniendo un animado *flirt* en el invernadero, entre una boa y una maceta de claveles, con la preciosa Fanny, hija del multimillonario e inventor Reventson, fué avisado de estar para empezar el cotillón, y se dirigió con su adorable pareja hacia el salón.

Muy cerca del mismo observó la joven que había olvidado su pequeño frasco de perfume en el invernadero, y Ludovico retrocedió en su busca. Por esta circunstancia no se enteró de lo que había sucedido.

Volvió ya, y estaba a punto de doblar el largo y en aquel momento solitario pasillo, cuando de entre unas cortinas surgió un hombre correctamente vestido de frac, que, apuntando con dos pistolas al pecho de Ludovico, le dijo:

— Es necesario que entre usted en esa

armadura. Es un extraño caso de honor que no puedo detenerme en explicarle ahora... ¡Adentro!...

— Pero... Comprenda... Yo... — trató de alegar Ludovico.

— ¡Nada!... ¡Adentro..., o disparo! Y una vez encerrado, guárdese de hacer el menor movimiento o de pronunciar palabra. Va en ello hasta la vida de miss Fanny.

Y Ludovico se vió obligado a embotellarse en aquella armadura, que fué adquirida como habiendo pertenecido a Ricardo *Corazón de León*, aunque no faltaba quien asegurase haber sido fabricada recientemente en Hamburgo por una Compañía dedicada a la *creación* de antigüedades.

Apenas se había desarrollado esta escena, cuando numerosos agentes de Policía invadieron el salón. Uno de los policías más afamados de Scotland Yard empezó a interrogar a la duquesa. Concluido esto, se pasó al registro de los invitados. Llevaban ya verificado el de ocho o diez, cuando las puertas principales del salón se abrieron bruscamente y apareció el gran detective privado Picantton.

Avanzó al mismo tiempo que hacía una ligera inclinación de cabeza. El dueño de la casa salió a su encuentro y le informó brevemente de lo sucedido.

Picantton escuchó dando fuertes chupadas a su pipa. Una vez enterado, miró a los policías, que habían detenido los registros, y dijo con voz no tan baja que dejase de oírle todos:

— ¡Imbéciles!... — Y después, más fuerte: — Creo que es inútil registrar. El ladrón no pudo ser tan cándido que guardase con él lo robado. Podrán tal vez estar en el salón el collar y los pendientes, lo que dudo; pero no estarán sobre ninguno de los presentes...

Los policías le miraron rencorosos, las damas y caballeros empezaron a admirarle, y todos convinieron — así lo daba a entender su actitud — en que Picantton tenía razón.

Este lanzó un gruñido, dió un puntapié a un sillón, se rascó en la nuca, y salió del salón.

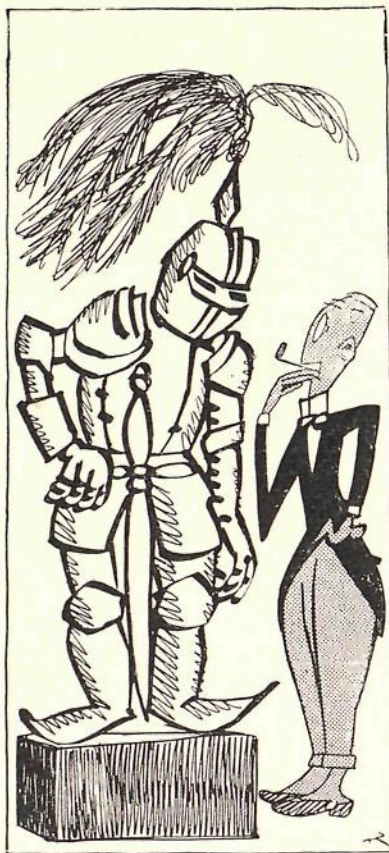
Una vez en el pasillo, examinó con una lupa la nariz de un criado viejo, el alzapaños de la cortina y las flores de una jardinera.

Vaciló después, no sabiendo qué dirección seguir. Aunque nada decía, estaba desorientado. Para hacer tiempo, encendió un fósforo, y con él la pipa. Arrojó violentamente hacia detrás la cerilla y empezó a caminar...

Un ruido metálico le detuvo. Se acercó a la armadura de donde parecía haber salido, en el momento en que se desprendían algunas piezas de la misma, quedando al descubierto el asustado, el estupefacto rostro de Ludovico.

Picantton se hizo pronto cargo de la situación, y agarrando al joven por la corbata, lo llevó casi arrastrando y sin perderle de vista hasta el salón.

Cuando avanzaron unos pasos, los circunstancias les rodearon silenciosos, llenos de ansiedad...



— ¡Ahora sí que es indicado el registro! — dijo Picantton con una sonrisa burlona.

Buscó tranquilamente en los bolsillos del joven, y después de explorar en los posteriores del frac, puso con aire triunfal ante los atónitos ojos de los circunstantes ¡el collar y los pendientes de la duquesa de Smith-House!

La sensación producida fué terrible. Mister William Sánchez cayó sobre un reloj *renacimiento servio* con un ataque de apoplejía. Un ojo, una oreja y el dedo pulgar de la mano derecha quedaron sin movimiento.

La duquesa abrazó al detective. Ludovico estaba atontado. Miss Fanny se adelantó y dijo:

— ¡Estoy segura que es inocente!

Picantton entregó al joven a la Policía. Su misión había terminado, y se retiró entre la admiración efusiva de cuantos allí había. «¡Vaya un triunfo!», era el pensamiento que dominaba a todos.

— ¡Qué fósforo! — comentaron algunos, sin alcanzar toda la verdadera aplicación de su dicho.

Cuatro agentes rodearon a Ludovico, y abandonaron el salón en medio del sombrío silencio de todos.

Ya, para salir los agentes y el detenido, era necesario pasar por el billar. La mesa aparecía arrimada a uno de los lienzos de la pared, y como junto al otro se amontonaban sillones, sillas, divanes, etc., el es-

pacio que quedaba libre para cruzar la habitación era tan limitado, que fué necesario pasar de uno en uno. Entonces ocurrió una cosa insospechada. Se apagó la luz, y los agentes tropezaron en palos, en obstáculos que se oponían a su marcha.

Cuando uno de ellos pudo oprimir el conmutador y la estancia se iluminó de nuevo, Ludovico ¡había desaparecido!...

Los agentes se precipitaron al parque. iban a registrarlos, cuando otro compañero, apostado fuera del palacio, hizo sonar la llamada de auxilio.

Los cuatro corrieron en aquella dirección, y vieron cómo un hombre vestido de frac y sin sombrero huía veloz.

Le siguieron raudos, hicieron varios disparos; pero ¡nada!: el fugitivo estaba cada vez más lejano...

Al fin dobló una esquina, y cuando los agentes desembocaron a la calle, sólo pudieron ver que estaba desierta.

¡Ludovico se hallaba a salvo!...

CAPÍTULO IV

Explicaciones indispensables. — De Nueva York a California disfrazado de nodriza. — Mozo de bar. — Los terribles matones. — Lucha desigual. — El galope trágico. — La luz lejana.

Para el lector quedarían sin explicación los principales acontecimientos últimamente sucedidos, si no procurásemos ahora tratar de aclararlos. Veamos.

Cuando el desconocido que de tan violenta manera obligó a Ludovico a encerrarse vió que el joven entraba en la armadura, deslizó, sin que él pudiera darse cuenta de la maniobra, el collar y los pendientes en los bolsillos posteriores del frac. Tal vez era su intención regresar más tarde, sacarle del extraño encierro, y de la misma forma que había hecho para ocultarlos, recobrar el cuerpo o los cuerpos del delito.

La prisión del joven echó abajo, sin duda, ese plan.

Pero ¿cómo pudo realizarse esa prisión? ¿Fué, en efecto, el genio policiaco de Picantton el que hizo el milagro? Nada más lejos de lo cierto.

Cuando el detective privado salió del salón, y, una vez en el pasillo, se sintió desorientado, sin saber qué rumbo emprender, encendió la pipa, como antes dijimos, y arrojó después lejos de sí el fósforo. Quiso la buena estrella de Picantton — y la mala del que había de ser víctima — que la cerilla, encendida todavía, se introdujese por una de las aberturas de la celada perteneciente a la armadura próxima y fuese a caer sobre un párpado de Ludovico.

Sentir éste el ardoroso contacto y estremerse violentamente dentro de la antigua vestidura guerrera de Ricardo *Corazón de León*, fué todo uno.

(Se continuará.)



— ¡Pues si vierais qué bien baila el paso del camello!...

L. P. RAMÍREZ. — Madrid.

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

PIERRE FALKÉ



HOJEMOS con cierta melancolía los números actuales de *Le Rire*. Lo más triste que le puede pasar a un semanario humorístico es envejecer, ir perdiendo su aticismo desenfadado, su audacia agresiva, su alegría cromática.

Y *Le Rire* envejece. Tanto, que los esfuerzos renovadores de Chass Laborde, de Pierre Falké, de Marcel Arnac, se desvirtúan a veces en la plitud descolorida de las otras páginas no firmadas por ellos.

Cierto que *Le Rire* cumple ahora treinta años. (Nació en 1892.) Pero *La Vie Parisienne* tiene setenta años y es siempre un milagro de remozada espiritualidad, de eterna y galante picardía. Las *petites femmes* de hoy bien valen las del Segundo Imperio, y frente a todas las revistas similares continúa conservando el cetro frívolo y la supremacía indiscutible.

Le Rire, no. *Le Rire* se ha ido dejando vencer por el tiempo, indefensa a los asaltos de la mediocridad. Cuando la guerra, a pesar del subtítulo *rouge*, era de un lila desteñido frente a las gallardías de sus compañeras. *La Baïonnette*, por ejemplo.

Recordamos *Le Rire* de la buena época. Los episodios burgueses de Herman Paul, las elefantiasis fisonómicas — pero tan dotadas de exactitud física y psicológica — de Charles



— ¿Y usted cree, tío Mouchatón, que tendremos tormenta esta tarde?

— ¡Indudablemente! Ya habrá notado la señora marquesa que hoy pican los piojos de un modo terrible.

Leandre, los pierrotismos y montmartrerías deliciosamente desvergonzadas de Willette, las acres sátiras sociales de Steinlen y de Forain, las escenas infantiles de Poulbot, los fantasismos dieciochocentistas de Luis Morin, las *charges* personalistas de Capiello y Sem, las viejas y los médicos de Abel Faivre, el humorismo lineal y epigráfico de Carlegle, las recias visiones



— Yo seré ingeniero, como mi papá.

— Pues yo seré como mi abuelo: sátiro.

de la vida humilde a través de Bernard Nandin, las elegancias y *potins* fin de siglo de Guillaume y de Prejelan, la esquemática simplicidad distinguidísima de Roubille, el sentido profundamente poético de Delaw, las primeras extravagancias arbitrarias en el estilo rígido de los Hemard y los Dapaquit, o en el esférico de Moriss...

Y también las páginas de los humoristas extranjeros: del italiano Brunelleschi y sus quiméricas exaltaciones venecianas, del griego Galanis, del portugués Leal da Câmara, de los españoles Gosé, Sancha, Flores, Cardona, Ramírez.

Los colaboradores de hace treinta, veinte, quince años se han ido alejando poco a poco. *Le Rire* ha suprimido páginas, ha reducido los tricolores. Substituyó las sátiras políticas de Radiguet por los mundanisms de Guillaume, primero, y luego por estas desdichadas — doble desdicha de intención y de dibujo — viñetas de Metivet. La colaboración espontánea, como las plantas parásitas en los jardines mal cultivados, invade cada vez mayor espacio. Se tropieza demasiado con los desagradables engendros humoricidas de Nob...



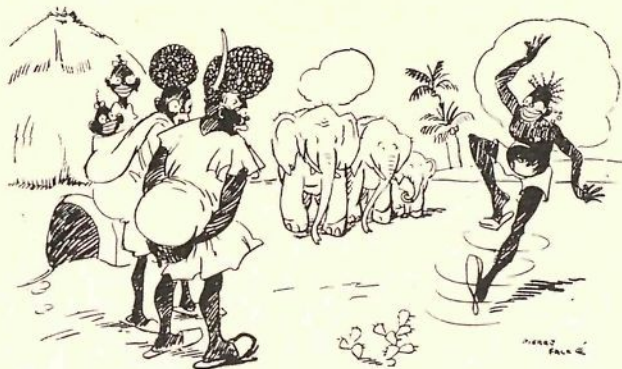
Pierre Falké salva, sin embargo, a *Le Rire* del fracaso absoluto. Con él, los ya citados Chass Laborde, Marcel Arnac y Roussau, Baille, André Foy, Warnod, y de cuando en cuando la reparación fugaz de los maestros pretéritos — ¡Oh, buen Willette, de cabellos blancos y alma de niño travieso! ¡Agudo Forain, de los floretazos seguros! ¡Georges Delaw, «el imaginero de la Reina», con tus poemas gráficos, donde hablan la fauna y la flora y las cosas inertes de un modo fabulario! —, animan la revista envejecida, para que los modernos maestros no se encuentren demasiado solos.

Pierre Falké está dentro de las tendencias pictóricas de vanguardia. Merced a ello, no pasa por los trances de impotencia manifiesta que sufren los simples caricaturistas cuando ascienden de la colaboración periodística a la estampa para el *Salón de Humoristas*.

Sabe pintar de una manera elocuente y acentuada los episodios divertidos de su tiempo. Lleva a los temas pictóricos la graciosa agilidad técnica de sus temas lineales.

Se renueva, además, con un sentido cada vez más moderno y esquemático.

«Pierre Falké — dice Francis Carco — es, entre nuestros satíricos, uno de los que tienen la visión más lúcida, una concepción verdaderamente inteligente de los recursos que la fantasía puede pedir a las técnicas modernas. De sus obras publicadas o expuestas en el *Palais de Glace* hace diez años a su producción actual, existe esa diferencia que un sentido recto de la adaptación impone a una originalidad sin disminuirla. Hoy no se denigran los ensayos cubistas. Ya se sabe con cuánto valor plástico han enriquecido, por ejemplo, el lenguaje de un Picasso y de un André Derain.



— ¿Y le da muchas veces eso en los dedos de los pies?
— Siempre que come marinero inglés hace la digestión bailando la jiga.

«El relieve, la solidez, la gracia peculiar a las obras de Pierre Falké, participan de esa riqueza nueva, de la cual se aprovechan muchos pintores hoy día, incluso los que niegan su verdadera fuente. Falké no sabría manifestar esa ingratitud. Por otra parte, sólo ha encontrado en las fórmulas nuevas la levadura, pero el sabor es agradable.

«Hay que observar también que la paleta de este excelente artista se ha aclarado, que la moda de las franquezas de tono, consecutivas al desengrase impresionista, le han conquistado afortunadamente. Anotadas estas influencias — que, por lo demás, estaban en el aire y pueden muy bien ejercer sin intermediario sobre una sensibilidad tan receptiva como la suya —, hay que conceder a Pierre Falké todo lo que le corresponde en el movimiento humorístico de hoy día: su bella amplitud sarcástica; el sentido de la mueca humana, que define a tantos rurales y ciudadanos cómicamente tallados; el espíritu de causticidad fría de sus epígrafes, nunca banales. Pierre Falké será de los dibujantes a quienes se plagie. Intentarán tomarle sus innovaciones de dibujo, el tono a la vez placido y burlesco de sus observaciones y sus diálogos.»



A Pierre Falké le gusta ver con marcada preferencia ridiculizante escenas de campesinos, de burgueses, de saltabancos y de salvajes.

Sus campesinos son biznietos de los de Balzac, nietos de los de Zola, hermanos de los lugareños *pour rire* que salen en las revistas de fin de año de los escenarios parisienses. Quiere decirse con esto que tienen una fuerte racialidad y una externidad socarrona. Excitan la risa y la reflexión. Se advina en seguida que el dibujante procura ir más allá de las líneas caricaturescas.

Idénticas apreciaciones sugieren sus episodios de la burguesía. Gentes sin ideales, sin sensibilidad, sin ternuras, sin rebelde impaciencias. Esas gentes anodinas, sórdidas, mal lavadas por dentro y por fuera, que constituyen la mesocracia en todas las naciones, gentes de las que no puede esperarse sino esto: un ejemplario de la grotesca fatuidad humana.

Uno de estos mesócratas está sentado en el campo, de espaldas a su mujer, leyendo un periódico, *su periódico*, que

le da las ideas hechas, y sin levantar la mirada de la lectura, dice:

— Observo que has engordado. El año anterior me dabas menos sombra.

¿No se ve en estas palabras todo el egoísmo, toda la embrutecida indiferencia del mesócrata, unido y desligado al mismo tiempo de su esposa, a la que no mira, pero de ella se aprovecha hasta para librarse de un poco de sol?

Sus saltabancos, sus circenses giróvagos y pintorescos, están tratados con mayor afecto. En el fondo, artistas y escritores siempre estamos más cerca de estos trotamundos vestidos con harapos colorinistas, libres en su melancólica juglería, que de los sedentarios galápagos de la burocracia o del mostrador.

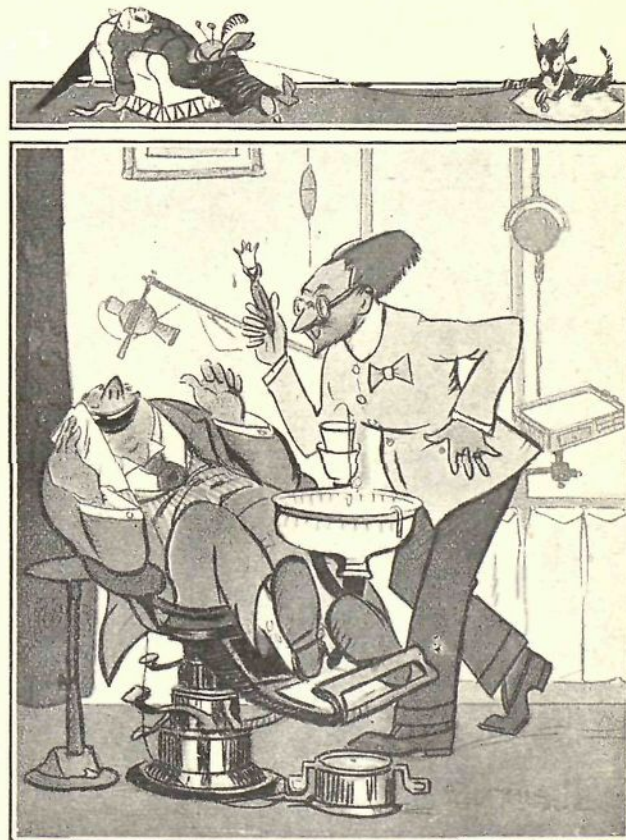
Falké comparte, claro es, la simpatía hacia los giróvagos y su estela romántica. Sonríe sin herirles ni dañarles demasiado.

Finalmente, a Pierre Falké le atraen los salvajes de *vaudeville*, los pretextos cómicos de la antropofagia y los recursos caricaturescos del indumento exótico.

Con lo cual, Pierre Falké responde a preferencias menos inofensivas de sus contemporáneos.

Digo menos inofensivas, porque Pierre Falké no lleva las esculturas negras a las exposiciones de Bellas Artes como cánones estéticos, ni endiosa negritos de *jazz-band* en los *dancings* públicos o privados. Los deja en su propio ambiente: selvas africanas, poblados misérrimos donde suena la *ga'nza* del *Batoula* premiado por la Academia Goncourt para modelo de novelas modernas.

José FRANCÉS.



— Se conoce que no le he hecho a usted daño, cuando se ríe a carcajadas.

— ¡Ya lo creo que me ha hecho!... ¡Un horror!... Pero es que me regocijo pensando en mi mujer, que está ahí fuera esperando para que la saque usted tres muelas...

EL POETA TIENE HAMBRE

Traducción libre (¡viva la libertad!) de BAUDELAIRE.

Yo soy el triste vate
que habita en una misera guardilla
y vive de ensalada de tomate,
porque no puede hacerse una tortilla
(de jamón)...
Mi canción
resuena en las paredes enyesadas,
y un poco renegridas,
y otro poco agrietadas,
y exageradamente insecticidas,
o, por mejor decir, insectizadas,
de mi habitación...
El casero,
que es zafio, flatulento y usurero,
me pide el día primero
que yo le dé dinero...
¡Y el dinero no viene..., y yo le espero
sentado!...
¿Sentado he dicho?... ¡No me he equivocado!...
Sentado en un silla
que fué, en tiempos mejores, de rejilla,
y luego fué de paja de tramilla,
y que hoy no tiene asiento,
porque ha sido la paja mi alimento...
¡¡Oh, desdichado vate!!
¡¡Cuán trágica es tu suerte!!
¡¡Morirás de un asiento de tomate
en tu fría guardilla!!
¡¡Suponiendo que no encuentres la muerte
de un asiento de silla!!...
Empeñado el postrero calcetín,
y vendido el jergón en reales cien,
y en el Monte el pijama de satén
(que unos llaman satén y otros satén),
tendrás, para acabar tu horrible *esplin*,
que aplicar un revólver a tu sien.
(¡Pero tan triste fin
no me parece bien!...)
No ambiciono banquetes de *Grill Run*...
Yo no pido botellas de *champán*...

Un pedazo de pan, ¡de pan!, ¡de pan!!,
me evitaría el estridente ¡¡pun!!...
¡Y en feliz digestión,
cantaría con gran satisfacción
la antigua melodía, bella aún,
de la dulce habanera del pom-pom!
¡Si hay pan, habrá pom-pom y no habrá pun!...
Yo soy el pobre vate
que, por llegar a la soñada meta,
nunca pude comer lo que me peta...
¡Evitad que en la meta yo me mate!...
¡Evitad que un poeta
la *diñe*, porque nadie se ha hecho cargo
de que todo lo arregla un libreta
o un panecillo largo!...
¡Si pudiera comerme un pollo frío,
eclipsaría yo a Rubén Darío!...
¡Soplándome una fuente de guisado,
dejo en mantillas a Manuel Machado!..
¡Y con un cuarto de kilo de chuletas,
me río yo (¡ja, ja!) de cien poetas!...
¡Dadme, dadme un cocido,
y en el mundo mi nombre ha de hacer ruido!
¡Y no digo, si el plato es de judías,
el ruido que yo haré todos los días!...
Yo soy el triste vate
(¡con ésta van tres veces que lo digol)
que, si no come, hará un gran disparate,
entrando a saco en un escaparate
o mascando la nuez a algún amigo...
¡Un desierto es mi tripa!
¡El hambre que yo tengo fuma en pipa!
¡Es un hambre espantosa,
nefanda, panorámica, furiosa!
Y a tal extremo llega,
que le hincaría el diente a cualquier cosa:
¡ja un garbanzo de pegall!...
¡Mi gazuza es feroz!
¡Yo sueño con cazuelas con arroz!
¡Y sería mi hechizo
un enorme, un larguísimo chorizo,
que llegase de aquí hasta Badajoz!...
NÉSTOR O. LOPE.



— ¡Si tuvieras que dar de comer a cuatro hijos, como yo!...
— ¡Qué más da?... Mi mujer come por cuatro.

Dib. CASTANYS. — Barcelona.

DEL BUEN HUMOR AJENO

"BELCEBÚ" Y "BISMARCK", por Max y Alex Fischer.

Buscando un departamento vacío, Pablo y Celina, su mujercita, recorrieron el andén de la estación de Albacete, donde paraba el *directo* a Madrid. Acabaron por descubrir un coche a la cabeza del convoy, cerca de la máquina, y se instalaron en él.

Ya el jefe de estación se disponía a dar la señal de marcha. Bruscamente, un señor anciano se precipitó en el departamento; este caballero se olvidó de cerrar la portezuela tras de sí. Pisándole los talones subieron una vieja escoltada por sus dos hijas, y después dos oficiales de Infantería escalaron con rapidez el estribo.

— ¡Qué contrariedad!... — murmuró consternada Celina —. ¡Yo, que estaba tan contenta pensando que podríamos abrazarnos como en casa!...

— ¡Malditos intrusos!... — mascullaba Pablo afligido —. ¡Como si no hubieran podido montar en otro sitio!... ¡Es para volverse rabioso!



Tch..., tch..., tch... El tren se había puesto en marcha. Por décima vez, Pablo acababa de repetir maquinalmente: «¡Es para volverse rabioso!» De improviso se dió una palmada en la frente e inició un gesto que significaba: «Después de todo, ¿por qué no?». Se recostó cómodamente y profirió con toda claridad:

— ¡Cochino perro!... Celina miró estupefacta a su marido. Veamos. ¿Qué significaba esta exclamación? ¿A qué perro se refería?

— ¡Condenado *Belcebú*! — exclamó Pablo —. ¡Condenado *Belcebú*! ¡Pagar a las doce cien pesetas por un perro, volverse rabioso a las doce y cinco, y ser mordido por él a las doce y diez!... No; no hay idea de una sombra semejante.

Celina adivinó la añagaza de su marido, esforzándose en permanecer seria.

— ¡Pobre, tienes razón! — asintió con tono condolido —. ¡Verdad que es mala sombra; pero, en fin, no te aflijas de ese modo: la rabia se cura, te lo aseguro, la rabia se cura!..

¿Era Villarrobledo el punto de destino de la vieja y de sus dos hijas? No parecía probable, porque, al tomar asiento en el coche, habían dicho: «Con tal de que nos encontremos a papá esperándonos en la estación de Atocha cuando lleguemos...» Sin embargo, media hora después de haber salido de Albacete, el

tren se detuvo en Villarrobledo, y ellas, recogiendo precipitadamente su equipaje, se apearon.

Tch..., tch..., tch... El tren había reanudado su marcha, y caminaba hacia cinco minutos.

Para llamar la atención de sus compañeros de viaje, Pablo tosió. En seguida comenzó a chocar ruidosamente una mandíbula contra otra.

Celina, simulando hallarse desfavorada, gritó:

— ¿Qué tienes, pobre? — No sé, no sé — contestó Pablo —. ¡Algo que nunca he sentido: siento comezón en los dientes, me duelen las encías, parece que no puedo refrenar mis mandíbulas!...

— ¡Calma, Pablito, calma!... ¡Veamos, amor mío, ten calma!...

— ¡Calma!... ¡Qué fácil es decirlo!... ¡Calma!... No sabes lo que estoy pasando... ¡Ah, Dios mío!... ¡Pronto!... ¡Dame alguna cosa que morder!... ¡Lo que tú quieras: un muslo de pollo o un ala; mi pobre Celina, mejor un ala!... Si no, ¡ham..., ham!... ¡Creo que voy a morder a alguien!... ¡Ham, ham, ham!...

¿Era Záncara el punto de destino de los dos oficiales? No parecía probable, porque en el cuello de sus guerreras se leía el número 38, de guarnición en Madrid. Sin embargo, veintiséis minutos después de salir de Villarrobledo, cuando el *directo* se detuvo en Záncara, se apoderaron precipitadamente de sus sables y se apearon.



Tch..., tch... El tren había reanudado la marcha.

Sólo el caballero anciano se oponía aún con su presencia a las expansiones de Pablo y Celina.

De intento, sin interrupción, Pablo se dedicó durante media hora a fingir súbitos e imperiosos deseos de morder. ¡Trabajo perdido! Durante esa media hora, el tren se detuvo en Alcázar, en Quero y en Villacañas; ni en Alcázar, ni en Quero, ni en Villacañas se decidió el viejo a batirse en retirada. Pronto pareció evidente a Pablo que el anciano había tomado la inquebrantable re-



DIBAO

Dib. BILBAO. — Madrid.

— ¡Queda usted detenido!
— ¡Yo!... ¿Por qué?...
— Por estar cazando con lazo.



Dib. MAR-HER. — Logroño.

— Ahí tienes una mujer libre que vive su vida...

solución de permanecer en el departamento hasta Madrid. Se extendió melancólicamente sobre un larguero, frente a su mujer; después de enviarla un casto beso con las puntas de los dedos, pretendió conciliar el sueño.

Ya comenzaba a dormirse, cuando el viejo se levantó, inclinándose hacia él.

— Dispense, señor, si le molesto... ¿Puedo pedirle un informe?

— Pregunte, señor, pregunte — gruñó Pablo en un bostezo.

— Es muy sencillo, caballero. Si no he oído mal, usted dijo hace poco que le había mordido un perro rabioso.

— Sí, señor, sí.

— ¿De verdad va usted a Madrid a consultar con los médicos del Instituto de Alfonso XIII?

— Sí, señor.

— Bien, caballero; entonces podrá hacerme cómodamente un pequeño favor. Como yo también me dirijo a Madrid para consultar con esos señores del Instituto de Alfonso XIII, le quedaría muy reconocido si me indicase cuáles son las horas de visita a la célebre clínica.

Pablo se irguió en su asiento.

— ¡Eh!... ¿Eh?... ¿Usted... usted... va a Madrid para consultar con los doctores del Alfonso XIII?

El anciano respondió, lamentándose:

— Sí, señor, sí... ¡Es muy triste!... Me encuentro en el mismo caso que usted... He sido mordido esta mañana por mi perro *Bismarck*... ¡*Bismarck* estaba rabioso!... ¡Yo creo que también lo estoy!...

Guardó silencio un instante. Pronto se puso a chocar violentamente las mandíbulas.

— ¡Ay, ay!... ¡Esto es un hecho!... ¡Dios mío, cómo me duelen las encías!... ¡Oh, oh!... ¡Qué comeción en los dientes!... ¡Maldito *Bismarck*!... ¡Oh, oh, oooh!... ¡Me entran ganas de morder!... ¡Ham, ham!...

✻ ✻ ✻

Para dejar paso a un rápido, el directo se detuvo en pleno campo, entre Tembleque y El Casar. Pablo y Celina cargaron con sus bultos y precipitadamente bajaron por la entrevía.

Cuando hubieron cerrado la portezuela, el viejo se echó a reír:

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR.

Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Toda la correspondencia debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, en esta forma: BUEN HUMOR.— Apartado 12.142. Madrid.

— ¡Puede que la Casualidad los conduzca al departamento donde se han refugiado la vieja con sus hijas y los dos oficiales del 38! ¡Ah, ah, ah!... ¡¡Qué caras van a poner, los pobres, cuando los vean entrar!...

M. V.

Regale usted a su novia 99 couplets de éxito por 2,50 pesetas Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano, El sacrificio, La falda corta, La Ciriacca, La suerte de Margot, Mi rayito de sol, Así la vi pasar, El castillo de Quirós, Canto arriero, Mi hombre, Amor japonés, Versallesca y Soldado español.*

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

V. D. V. Madrid. — B. R. Madrid. — J. M. Alicante. — J. Z. Santander. — M. V. Madrid. — S. E. G. Carabanchel. A. A. R. — Aristodemo. Paris. — Joé. C. M. V. — Morabet. Castellón. — Eusebius. — Amalio. — No sirven.

M. L. R. «*El Monarca*» Madrid. — Como tener, tiene usted una letra preciosa. De puntuación, ya es otra cosa. Las admiraciones, en castellano, se colocan al principio

y al final; y otra cosa es también la literatura: vulgar, pesada, repetida. En fin, que únicamente como calígrafo puede usted pasar.

Vitín. Madrid. — Es muy poca cosa; pero hay soltura de expresión y gracia. Ensaye con otras cosas.

Narciso Cabita. Madrid. — Le decimos lo que al anterior. Está bien escrito y bien desarrollado; pero el asunto es muy gastadillo. Envíenos otras cosas, y veremos...

P. de la Atierf. — No sirve, no.

R. D. — ¡Otro! ¡Otro poeta admirador! Véase la clase:

«¡HASTA LOS CHAVALES!...

» — Papá, yo quisiera que tú...

— Cállate, hijo mío,

comprendido está:

conmigo esta tarde

al cine vendrás.

» — No, papá; yo quiero

me compres...

— Cállate, no más.

¿Quieres el caballo

que el jueves pasado

viste en el bazar?

Te lo compraré, y

cállate ya.

— No, papá.

» — Y entonces, ¿qué quieres?

¡Pedazo borrico!...

¡Mastuerzo!... ¡Zopenco!...

Explicatelo pronto

y déjame ya.

¿Qué quieres? ¿Un coche?

¿Un carrito? ¿Un oso?

¿Una pelotita, o un juego de bolas?

Todo te lo compro, para que te calles.

» — No, papá; quiero que me compres

al rey de la gracia,

al rey de la risa

y al rey de los reyes

de los semanarios.

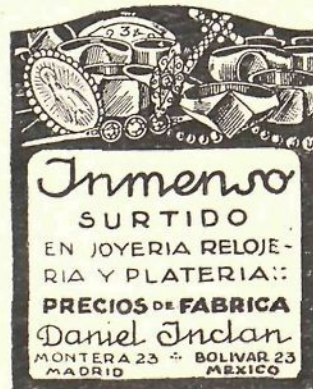
» — Terminemos ya. ¿Qué es lo que tú pides?

» — Quiero el BUEN HUMOR.»

¿Eh?... ¿Qué tal?... Después de estas poesías, tan espontáneas y entusiastas como desinteresadas, ¿no se debe bañar nuestro corazón en la más rosada de las satisfacciones?...

Angel Díaz. — Ante todo, señor nuestro, el Sr. Polo nos ruega hagamos constar una vez más que él no es el director de esta revista, y que no tiene tiempo para dedicarlo a recibir las majaderías de los desechados. No tenemos, por nuestra parte, otra cosa que añadir. Que se conserve usted bueno y bilioso, señor de Díaz.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empeza á el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. **Rhum Belleza Fuera canas.**
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

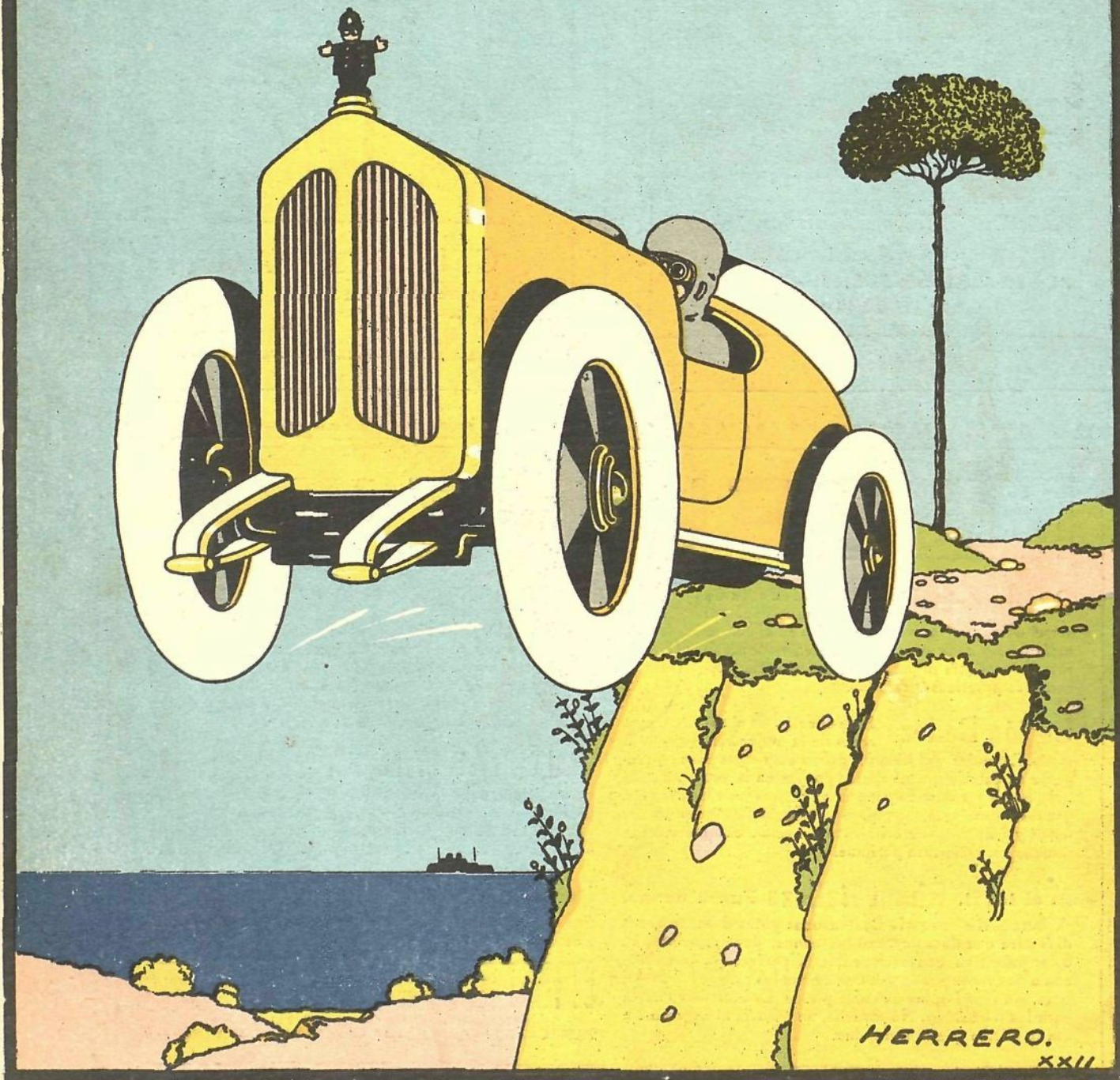
CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenti, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



HERRERO.

XXII

Dib. HERRERO. — Bilbao.

— ¿Vamos bien por aquí?

— ¡Me vas a decir a mí, que conozco estas carreteras palmo a palmo!...